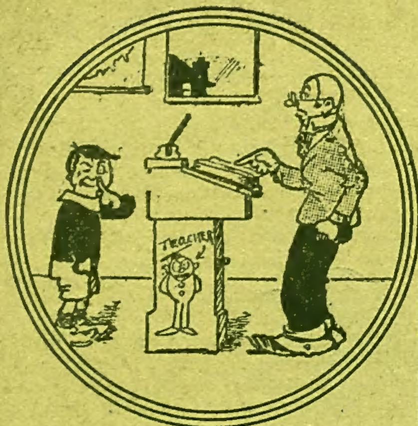
Mundo Argentino





AIMEE ABRAMOVA
Bailarina rusa
Fot. Witcomb

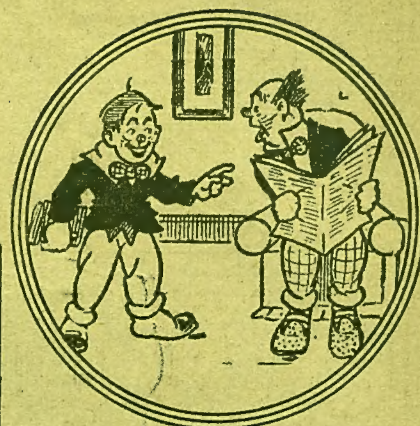
PAGINA AMENA



—Lo abstracto es intangible. A ver, cíteme un ejemplo de algo abstracto.
—El hierro candente.



—Señorita; yo desearía reanudar con usted las relaciones que tuvimos el verano pasado, que fueron interrumpidas por nuestro regreso a la capital...
—Lo siento mucho, joven; este verano pienso enamorarme de veras...



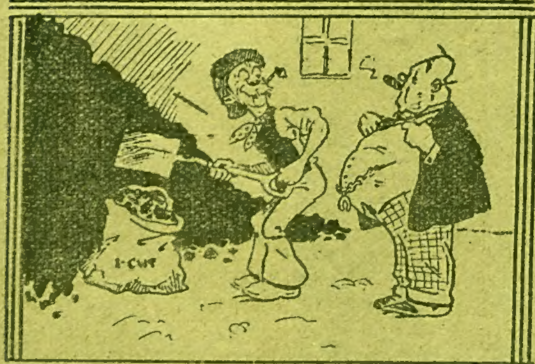
—Papá, ¿es cierto que tú eres un burro?
—¿Por qué me preguntas eso?
—Porque el maestro me ha dicho esta tarde que yo era un burrito.



—¿Por qué se dedica usted ahora a pintar cuadros futuristas?
—Por prevención... ¡Como se tarda tanto en venderlos!...



—¿Usted no se marea, señorita?
—¡Antipático!... ¿Quiere hacer el favor de no marearme?



—En el tiempo que necesito para explicarle cómo debe hacer para llenar la bolsa, la podría llenar yo mismo.
—Y en ese mismo tiempo yo podría llenarla dos veces.





—Fíjese; a aquel hombre que pasa por la vereda de enfrente le dije ayer que era un sinvergüenza...
—¿Usted? ¡Y cómo se atrevió a tanto!...
—Se lo dije por teléfono.



—¡Qué idiota es este hombre!... ¡No me dice una palabra!... ¡Se entretiene en mirar los angelitos pintados en el biombo, sin darse cuenta que tiene un ángel a su lado!

—¿Es usted, por casualidad, la señorita Angeles, la famosa cantante?
—Sí, señor.
—¿Me permite que la acompañe?





—Yo, cuando paseo, me distraigo de tal modo que no veo a mis amigas.
—Mira, casualmente allí va una.
—Ya la he visto.

Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO
APARECE LOS MIÉRCOLES
LA PUBLICACIÓN QUE MÁS CIRCULA EN LA AMÉRICA DEL SUR

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
252 - CALLE RÍO DE JANEIRO - 262
U. T. 62, MITRE, 8704 Y 9560 DIRECCIÓN TELEGR.: "SENYAH"
OFICINA CENTRAL PARA AVISOS Y SUSCRIPCIONES
AVENIDA DE MAYO, 749 - 5º Piso
U. TELEF., 33, AVENIDA, 1472 BUENOS AIRES

AÑO XIV BUENOS AIRES, MARZO 12 DE 1924 NÚM. 686

INMIGRACION Y CUESTION AGRARIA

De nuevo los Estados Unidos acaban de restringir la inmigración. — Se trata de abolir las franquicias que gozaban los inmigrantes de países latinoamericanos. — Por qué los inmigrantes, desafiando miles de obstáculos, prefieren embarcarse hacia las playas norteamericanas. — El nivel de vida en los Estados Unidos. — El formidable desarrollo de aquella república fué presidido por una liberal y previsora legislación agraria, que Alberdi y Sarmiento señalaron como un modelo para nosotros. — Causas que impiden su adaptación al medio argentino. — Urge quebrantar el latifundio. — Sin la previa solución de la cuestión agraria, no resolveremos satisfactoriamente el arduo problema de la inmigración.

LOS Estados Unidos acaban de restringir de nuevo la entrada de inmigrantes. Hasta ahora sólo se permitía el ingreso de un porcentaje mínimo por nacionalidad. Los inmigrantes de países latinoamericanos gozaban, en razón de su escaso número de mayores franquicias. Actualmente, con el aumento de la corriente inmigratoria de esa procedencia, aquellas franquicias están en tren de desaparecer.

Por otra parte, por el lado de las fronteras, especialmente por el de la frontera mejicana, escapando a la vigilancia de las autoridades estadounidenses, se infiltraban en territorio yanqui miles de inmigrantes, que en otra forma serían rechazados con seguridad, puesto que ya se había cubierto el porcentaje correspondiente a las nacionalidades a que pertenecen. El gobierno de los Estados Unidos se propone invertir, según noticias telegráficas, sumas enormes con el intento de no permitir en adelante la repetición de este hecho, al mismo tiempo que proyecta la modificación de la ley sobre nacionalización, también con el propósito de limitar la entrada de inmigrantes.

Estados Unidos, que debe su formidable desarrollo al concurso de inmensas caravanas inmigratorias, con sus 105 millones de habitantes, casi no necesita más de inmigración, aunque la densidad de su población es muy inferior a la de los principales países europeos. A nosotros debe llamarnos poderosamente la atención este fenómeno: los inmigrantes, exponiéndose a un rechazo y desafiando toda suerte de medidas severas, prefieren embarcarse hacia las playas norteamericanas.

Encontrar la causa de esta preferencia no es difícil. Ningún país ofrece al inmigrante las ventajas de los Estados Unidos. El obrero yanqui, sin vivir en un paraíso, es el obrero mejor remunerado del mundo. Su nivel de vida es dos, tal vez tres veces superior al del trabajador argentino. Basta saber que son muchos los obreros yanquis que se dirigen en modesto automóvil propio a la fábrica donde trabajan, aspiración que entre nosotros se diría un sueño.

Si de la ciudad pasamos a la campaña, encontraremos el suelo de los Estados Unidos cuajado de chacras y granjas. La tierra se ha subdividido. Una previsora y liberal legislación agraria ha presidido el vertiginoso desenvolvimiento de aquella república. No en balde Alberdi y Sarmiento la tomaban como modelo. Y después de ellos todos los estadistas argentinos, verdaderamente dignos de este nombre.

Sin embargo, poco se ha hecho por adaptarla a nuestro medio. Todas las tentativas se han estrellado contra la silenciosa conspiración de intereses creados en torno a un reducido pero omnímodo círculo de familias patricias. A un paso de la Capital Federal comienza el latifundio. En realidad, comienza en plena capital. En los barrios apartados de esta ciudad de Buenos Aires es frecuente ver extensísimos terrenos baldíos. Frente a ellos cruza la línea de tranvías, a su alrededor crece la población, y esos terrenos permanecen lo mismo que si estuvieran ubicados en plena Pampa, valorizándose mientras tanto desmesuradamente, a beneficio de una legislación deficiente, que conspira notoriamente contra los intereses vitales de la nación.

Nos encontramos en una situación paradojal: necesitamos, por una parte, de inmigración en gran escala, casi tanto como del aire y de la luz, si hemos de dar cumplimiento al anhelo de repetir en tierra argentina, en la centuria que corre, el milagro ascensional de los Estados Unidos en el siglo XIX; y, por otra, tememos, no sin fundamento, que el súbito arribo de copiosas masas inmigratorias determine una rebaja en el ya deprimido nivel de vida de la población laboriosa. ¿Cómo superar esta tremenda dificultad que torna lento el ritmo de nuestro progreso? Un único camino se abre ante nosotros: el quebrantamiento de los latifundios, que permitirá ofrecer condiciones decorosas de vida a millares de familias deseosas de cruzar el océano, pero no para eternizar sus desdichas, sino para mejorar de suerte y labrarse un sólido bienestar. Sin la solución previa de la cuestión agraria no resolveremos satisfactoriamente el arduo problema de la inmigración.

PATENTE A LAS MÁQUINAS COSECHADORAS

LOS colonos de la provincia de Buenos Aires han recibido con inequívocas manifestaciones de disgusto la nueva patente de cien pesos que el gobierno de aquel Estado ha fijado por máquina cosechadora, con o sin motor, se emplee en la chacra de su dueño o realice trabajos fuera de ella.

En una localidad, Puán, los chacareros celebraron una numerosa y ordenada asamblea de protesta, acordando resistirse al pago del nuevo tributo y gestionar su inmediata derogación. Dejan constancia que el asumir tal actitud se oponen no sólo al nuevo impuesto: se oponen, igualmente, a que se siga avanzando en el mismo terreno. Prevén, no sin razón, que de continuarse a este paso transcurrirá poco tiempo sin que haya una sola máquina de las empleadas en las labores de campo que no cuenten con algún pesado gravamen.

Siempre nos ha parecido absurdo e injusto todo sistema impositivo basado en las tributaciones al trabajo fecundo y creador. Estas gabelas a las máquinas de labor deben suprimirse. Si se quiere una copiosa y sana fuente de recursos, intacta entre nosotros, está ahí, repetimos, la renta del suelo.

LAS EPIDÉMICAS "QUINIELAS"

UN rotativo matutino inserta un telegrama de Santa Fe que dice lo que sigue:

"Los diarios se muestran alarmados ante las proporciones que adquiere diariamente el juego de quinielas, el que invade todas las clases sociales, causando verdaderos trastornos en los hogares de gentes trabajadoras."

De mil localidades del interior de la república se oyen quejas análogas. Las quinielas penetran en todas las capas sociales; apuestan ricos y pobres. No respeta los sexos: apuestan lo mismo las mujeres que los hombres. No respeta profesiones: apuestan lo mismo el comerciante de la esquina que el carrero de la vuelta. No respeta, y esto es posiblemente lo más grave, edades: apuesta lo mismo el anciano de ochenta años que el niño de siete, que no sabe de números, pero que se da maña para hacer cálculos de posibles ganancias.

El extraordinario incremento de las quinielas sólo es posible merced a la tolerancia culpable de las autoridades. En el interior, los quinieleros capitalistas, suelen ser eficaces agentes electorales: de ahí que se les ampare secretamente.

Y los resultados están a la vista: no pueden ser peores.

EDUCACIÓN TÉCNICA DE LA JUVENTUD FABRIL

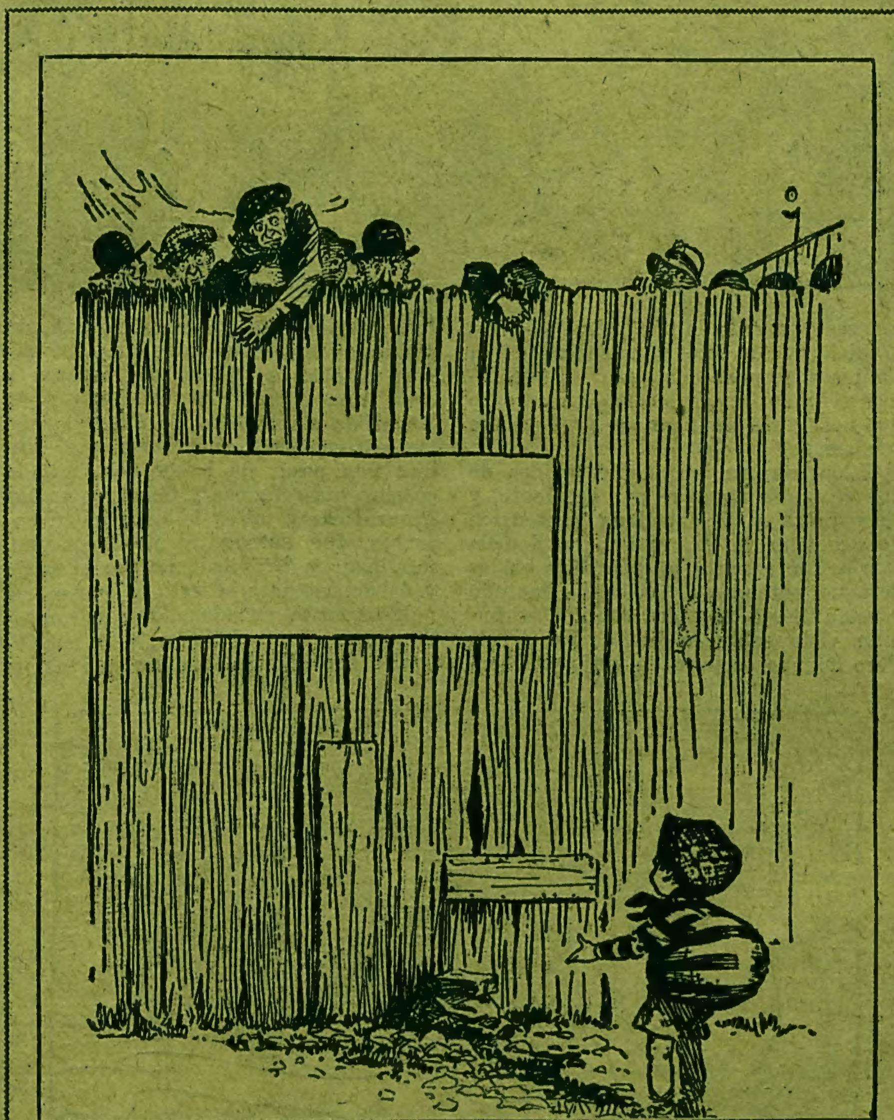
EL Departamento Nacional del Trabajo calcula en diez mil el número de menores que cada año se incorporan a las absorbentes y agotadoras labores de la industria.

La cifra es imponente. Se trata de diez mil jóvenes urgidos por necesidades imperiosas que entregan prematuramente su fuerza de trabajo, antes de haber completado su desarrollo físico y mental, dotados de una educación deficiente en sumo grado.

Un diario importante de la mañana lanza la idea de someter a los jóvenes a una educación técnica adecuada, a semejanza de lo que ocurre en muchos países europeos, donde reciben preparación profesional obligatoria hasta los 18 años.

Dados los incesantes adelantos de los métodos e instrumentos industriales esa educación resulta imprescindible, porque supone en el trabajador una capacidad despierta y flexible, apta para asimilarlos y practicarlos. Lo contrario importa condenar toda la vida a esos millares de jóvenes a ejercitar labores subalternas, pésimamente remuneradas.

A fuerza de insistir, esperamos ser oídos.



El pibe. — No; no he visto caer ninguna pelota de este lado.

DE COMO Y POR QUE DON QUIJOTE HUBIERA PODIDO SER HISTORICAMENTE CELEBRE CON SU LOCURA

POR **FEDERICO GOLÁN**

DIBUJOS DE BIONDINI



De vivir el bueno Alonso Quijano un poco de tiempo antes del que le cupo en suerte, y haberse venido a América para pelear contra los de Arauco, con el valor y nobleza que ostenta en sus desaguisados de caballero andante, seguramente hubiese tenido un puesto de honor en "La Araucana" que hiciera don Alonso de Ercilla. Porque descontado es que la locura no es tal sino en aquel ambiente donde no se avienen las razones y acciones que dicen y hacen aquellos que la padecen, con las del común de la gente; y es por esto mismo que el ladrón no es mal sujeto en sociedad de facinerosos, así como no es despreciable el cobarde en sociedad de pávidos. Y es por ello que siendo las tierras de Arauco y los capitanes que a ellas fueron compaña y terreno muy propicio y adecuado a los excesos de valor, atrevimiento y arrojo, que decimos que el buen Quijano hubiese figurado entre los héroes tan calurosamente cantados y alabados en ese y otros escritos que en redor del mismo asunto se hicieron. Y más nos confirma en esto el pensar, según el juicio común, en el número de personas locas que allí arribaron, que si en zaga no le iban a Quijote en ello, éste tampoco les fuera, ciertamente, en valor, impavidez, heroísmo y temeridad.

El valor, según la sociedad, es una falta de juicio, y el heroísmo un momento de locura total. ¿Quién, a no tener fallas en el juicio, expone su vida por un asunto o motivo del que no deviene beneficio alguno? ¿Quién, a no tenerlo totalmente rematado, va a una muerte segura sin provecho ulterior?

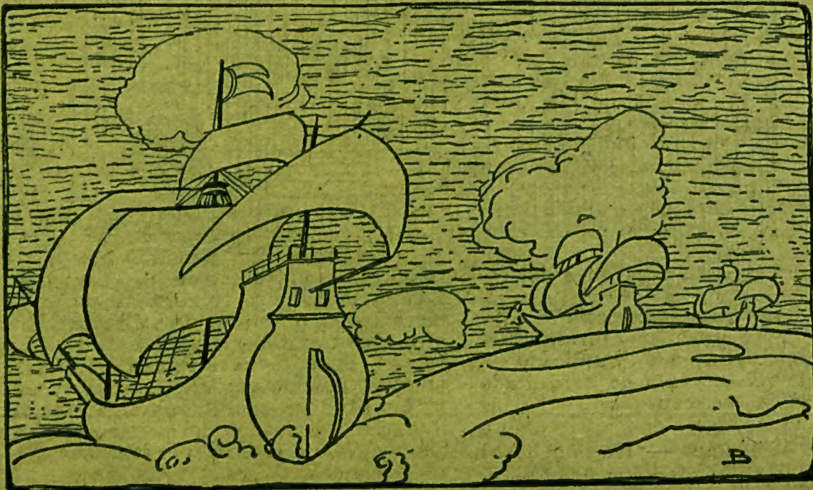
El primer signo de la locura consiste en la falsa apreciación de las cosas y en obrar de acuerdo a ella. Esta falsedad de juicio, ¿cómo es ponderada? Por los inconvenientes que reporta a la sociedad y al mismo individuo que dicen que la padece. Así, y por ello, es que se llama loco al que teniendo ingenio dedícase a hacer versos en vez de entregarse a la política u otra cosa igualmente provechosa. Y, si no se le dice loco llanamente, dícese que tiene pajaritos en la azotea o humos en el magín. Por ello también dícese que es loco el que predica ideas novedosas con mucho entusiasmo y calor, aun exponiendo la propia vida. ¿Qué beneficio—piensan las gentes—les reportan las tales ideas al que las publica y a la misma república?—Beneficio inmediato, contante y sonante, ninguno; al contrario: más bien perjuicio...—sería preciso responder. Pero con ello daríase carta de locura al pobre hombre, que de allí en adelante no gozaría más ni un minuto de calma. Lo mismo que a éste y a aquél, vendría a sucederle al que acometiera una empresa aparentemente superior a sus fuerzas.

Y de esta guisa fueron locos: Jesucristo, Colón, Savonarola, Bruno, etcétera. etc., cuya memorización no es menester ahora, pues que viven en el pensamiento de todos y basta que acuda al cerebro el nombre de uno para que todos los demás le sigan como las cuentas de un rosario.

Siempre, en todos los casos, júzgase loco al que hace cosas que no convienen ni a los hombres gobernantes ni a las instituciones actuales. Pero ese juicio de conveniencia e interés—que subordina al individuo al común vulgar—luego suele ser rectificado por las generaciones venideras. Y así, aquellos que hemos citado, que eran locos para la iglesia y el régimen imperante, hoy son justamente alabados y venerados como grandes benefactores de la humanidad; decimos, nótese bien, "benefactores", porque los individuos que no reportan ningún beneficio al mundo, mueren al día siguiente de haber muerto ellos mismos.

Pero no siempre el juicio interesado de los coetáneos es rectificado por las generaciones que luego vienen, sino que a veces es corregido por los mismos que lo hicieran; a esto llámase cantar la palinodia y, para demostrar lo que hemos sentado, veremos cómo, en un caso que nos gusta analizar, se produce ese fenómeno.

Colón, con su inconveniente idea de que se podía navegar por occidente, y su maldita y descabellada pretensión de acometer la empresa para demostrarlo, fué para la iglesia y los sabios de aquel entonces el loco más rematado y estrafalario de todos cuantos se habían visto sobre la faz de la tierra. Pero cuando se puso en viaje y descubrió la América, y demostró, con oro y plata en las manos, que las nuevas tierras estaban preñadas de riquezas y eran una especie de Golconda o la Atlántida maravillosa de que hablaron los antiguos, entonces tornóse el juicio; y a pesar de haber destruído la cosmogonía religiosa y todas las cartas geográficas y mitos habidos hasta entonces, fué llamado genio, inspirado, iluminado y otras bellezas por el estilo y del mismo jaez. Cierto es que murió piadosamente encadenado y encomendando su alma al Señor, pero no debemos ser injustos con los que así le trataron puesto que así lo hicieron para mayor gloria de Dios y el Rey...



Acaso discurrirás tú, avisado lector: Diferencia y mucha hay entre la manera de juzgar de los coetáneos y los posteriores. Sóbrate razón, quien quiera que seas, al pensar así; pero pasemos al asunto que ya traemos medio olvidado en esta larga consideración.

Digo, pues, que si don Alonso Quijano, investido Caballero de La Triste Figura, o de Los Leones, se hubiese venido a América, al servicio del rey y la santa fe, y en ella hubiera demostrado el valor que demostró en la pacífica Mancha, pero arremetiendo araucanos en vez de molinos, cueros de vino, leones y corderos, hoy figuraría con honor entre los más sobresalientes de las huestes de don García Hurtado de Mendoza. Y ello es cosa que no necesita ser demostrada puesto que le sobraba valor, desinterés, verba y afán de inmortalizarse por medio de hechos y hazañas inauditas.

La locura de los hombres tolérase con gusto cuando beneficia a la sociedad en que viven y se pone de parte de los prejuicios corrientes, así como se toleró la de los cruzados; sólo es insoportable y peligrosa la contraria, con la que se corre el riesgo de ser juzgado por un tribunal o ser metido en una casa de salud.

Don Alonso, pues, en tal situación, hubiese sido un caballero muy bien avenido a todo aquello y se le hubieran rendido honores, tanto más por su desinterés proverbial, que nunca es más propicio a un rey que cuando se está cerca de un potosí... Y para reforzar mi aserto con inconmovibles columnas de razonamiento, veamos cuáles cosas fueron las que han hecho célebre al Cid, y cuáles eran sus virtudes o defectos, que éstos eran en él más numerosos que aquéllas. Su única virtud era el valor. Sus defectos: era un estafador, un salteador de caminos y un codicioso insaciable. Todas estas condiciones morales ¿son dignas de un caballero? Ciertamente que no; pero ellas lo han inmortalizado. ¿Por qué? Por una muy sencilla razón: porque ellas se han concertado todas en beneficio de "Alfons, nuestro señor" y la cristiandad. En efecto, estafaba a los moros, a ellos les robaba y con sus dineros se enriquecía. ¿Quiénes eran los moros? Los enemigos de la Iglesia y del Rey. Todo mal que se les hiciera, entonces, no venía a beneficiar más que al trono y al altar. Su audacia y valor era lo único bueno que tenía el Cid.

Y habiendo sido célebre y celebrado el Cid, ¿cuánto no lo fuera Don Quijote viniendo a América? Y su gloria sería sin tacha, como un escudo bruñido, y como él despediría destellos por doquiera se le mirase, cosa que no acontece con aquél ni con otros muchísimos que fueron a Arauco, afanosos de hacerse de barrotes de oro y plata.

El hado y su malaventura no lo quisieron...

Pero no importa, ¡loco ilustre!, igual ha sonado el clarín de la fama para ti, y nadie podrá olvidar, al reír de tus locuras, que en medio de todos tus desaguisados conservabas incólume un noble afán: el de librar al mundo de pillos y malandrines y defender al débil. Y nadie podrá olvidar tampoco, aunque no estuviste en reales lides marcianas, que eras noble y valeroso, desinteresado y bueno, generoso y confiado; y que si hiciste algún daño no fué por mal intento, sino por singular ofuscamiento. Los hombres venérante lo mismo y aun más que si hubieras servido a Carlos y Felipe, y a honra se tienen el que a veces se les llame con tu nombre: símbolo de ensueño, de nobles entusiasmos y de grandes elevados anhelos.

Así lo dice, sostiene y afirma este fijodalgo que plega el papel y firma:

FEDERICO GOLÁN.

LEE MIN YEN

POR

OSCAR COOK

VERSIÓN DEL INGLÉS POR JENNY DEL MONTE

CHAN Ah Fook, juez de una ciudad remota de la China, y, por consiguiente, persona muy importante, era, además, hombre de no escasos recursos, pues además de su astucia natural, ocupaba un puesto bastante lucrativo. Estaba casado con una joven viuda que era la niña de sus ojos; una mujer muy bonita, y una esposa de la que podía sentirse orgulloso; en fin, al pensar en su situación, sus riquezas y su mujer, podía haberse considerado a Chan Ah Fook la persona más dichosa del mundo.

Sin embargo, aquella noche se hallaba meditabundo. Sentado en su habitación, alumbrada por unas velas, fumaba su pipa de opio, y de cuando en cuando fruncía el ceño y cerraba fuertemente las manos; ni los encantos de Lee Min Yen, su esposa, podían sacarlo de su profundo abatimiento.

En la estancia no se oía más que las suaves pisadas de Lee Min Yen, que andaba de un lado a otro preparando la comida para su señor.

Llegó un momento en que el silencio se hizo tan terrible que Lee Min Yen no pudo soportarlo más, y decidió afrontar el disgusto de Chan Ah Fook. Con un gracioso movimiento, se arrodilló junto al esposo, y con las manos sobre el pecho, y voz entre trémula y coqueta, dijo:

—¿No quiere mi señor probar la comida que su pobre Lee Min Yen le ha preparado?

El juez no contestó, y frunció aun más el ceño. Entonces su mujer extendió la mano derecha en actitud de súplica, y volvió a hablar, esta vez con acento compungido:

—Señor mío, mi dueño honorable — le dijo. — ¿Te ha ofendido, acaso, esta pobre esclava? Tu Lee Min Yen, tu esposa y sierva, te ha preparado los bocados más exquisitos que posee esta tierra, y tú no haces caso de ellos ni de su voz.

Como no obtuviese tampoco respuesta, retiró la mano extendida, bajó la cabeza hasta tocar con ella el suelo, y rompió a llorar. Su llanto sacó a Ah Fook de su arrobamiento. Dejando a un lado la pipa, se puso a mirar con impaciencia la cabeza inclinada de su esposa; luego, alargó una mano, cuyas largas uñas brillaron a la luz de las velas, y, acariciando el cabello de la mujer, dijo:

—Estoy enfermo, Lee Min.

—¡Qué! — exclamó la esposa, sorprendida. — ¿Qué tienes? Habla, que tu Lee Min te buscará medicinas y te cuidará toda la noche.

Y con esas palabras se puso de pie y se dirigió a una vitrina que había junto a la pared; pero Ah Fook habló de nuevo.

—No; no estoy enfermo de cuerpo, sino de espíritu.

—No puede ser, pues tú eres todo sabiduría y justicia. ¿No te temen, acaso, los malhechores? No es tu sutileza la que descubre sus crímenes? Tú tratas, amado de Confucio, de mitigar los temores de tu Lee Min y...

—¡Basta! Es como digo; estoy enfermo de espíritu. Tú no conoces los acontecimientos diarios del mundo exterior. Pero no debo quejarme porque nosotros acostumbramos tener a nuestras esposas en la casa, como debe ser: tu belleza y tus encantos son míos.

—¿Y de quién han de ser sino tuyos? — respondió Lee Min, cada vez más asombrada. — Señor, señor...

—No, no; no temas—le interrumpió Ah Fook.—No te acuso de infidelidad; trato simplemente de explicarte lo que me pasa; es tal mi situación, que me inclino a comunicar mis penas a una mujer. Pero el encanto de tus ojos, el brillo de tu cabello y el perfume de tu polvo, trastornan mi cerebro.

—¿Está enojado mi señor con su Lee Min porque no le ha dado aún un hijo? Si es así...

—¡Calla! Tus palabras me torturan. Mañana...

—¿Mañana qué?—se apresuró a preguntar Lee Min Yen.

—Mañana nadie poseerá tu frágil cuerpo, tus brillantes ojos y tus rojos labios. Si yo muero, debes morir tú también.

—Señor, me asustas; no hay duda: estás enfermo. Si, si tú mueres, moriré yo también. Pero, ¿por qué hablas de muerte? Estás enfermo. Dime qué te pasa. Deja que llame...

Con una mueca de impaciencia, Chan Ah Fook hizo callar a su mujer, diciendo:

—Ven, siéntate aquí a mi lado y escúchame, y si mañana quieres seguir viviendo y deseas ganarte tres peinetas de oro, piensa y resuelve el enigma que te propongo.

Obedeciendo a la orden, Lee Min se arrodilló junto a su marido, cruzó las manos sobre el regazo y aguardó.

—Tienes razón, Lee Min, al decir que soy todo sabiduría y justicia. Si no fuera así, no habría sido juez durante tantos años. Mi oficio ha sido probar al reo su crimen y darle su merecido, y jamás hasta ahora se me escapó uno.

—Es cierto.

—Si tú te hubieras mezclado con personas de mala educación o si hubieras sido una de esas que venden sus cuerpos para placer de otros, conocerías la costumbre de este país: habrías sabido que el juez que no consigue probar al criminal su delito, debe cumplir la pena que daría al reo...



—¿Y tú te encuentras en esta situación?

La rabia y la vergüenza impidieron hablar a Ah Fook, quien movió la cabeza afirmativamente. Al fin, dominando sus sentimientos, habló:

—Sí; yo, Chan Ah Fook, juez célebre en todo el país por su justicia y sabiduría, me veo obligado a comunicar mi impotencia a una mujer.

—Habla, señor mío—le contestó Lee Min,—que si puedo ayudarte, te ayudaré; haré todo lo posible por salvarte la situación. Pero primero apaga tu sed; tienes la garganta seca. Tu pobre esclava va a traerte una taza de caldo hecho por ella.

Y diciendo eso, se puso en pie, tomó una taza de caldo y la presentó a Chan Ah Fook, quien, con manos temblorosas, se la llevó a la boca, y bebió su contenido de un trago.

En silencio, Lee Min recibió la taza de Ah Fook, y, después de colocarla en la bandeja de donde la había tomado, volvió a arrodillarse a los pies del esposo.

—Hace trece días, se cometió en esta ciudad un infame crimen. Durante trece días he investigado, duplicado el número de mis espías y he aumentado el valor de mi recompensa. Todas las mañanas se ha detenido a un hombre distinto, que era puesto en libertad a la tarde, pues se negaba a aceptar el soborno de cinco mil yens para su familia si se confesaba culpable. Los días de gracia han tocado a su fin, y mañana, en presencia de los jueces menores y de la policía, debo exponer mi fracaso y pronunciar sentencia.

—Pero ¿contra quién?

—Contra mí. ¿No te he dicho que el que no logra comprobar a un reo su crimen debe cumplir el castigo que merece el criminal? Y la pena por homicidio es...

—¡La muerte!—balbuceó Lee Min con un gemido y cayendo desmayada a los pies de su marido.

Maldiciendo a todas las mujeres y a la suya en particular, Ah Fook arrojó un poco de agua a la cara de Lee Min y lentamente llenó su pipa de opio. Instantes después, su esposa recobraba el sentido. Llorosa y humilde, le pidió perdón por su debilidad, y empleando todo su arte femenino, consiguió hacer desaparecer la expresión de disgusto del rostro de su marido, quien, una vez aplacado, le contó la horrible historia del crimen.

Lee Min Yen escuchó en silencio hasta el final. Luego una leve sonrisa iluminó su rostro; inclinóse hasta tocar con los labios la oreja de Ah Fook y pronunció unas palabras, después de lo cual pasó a un cuarto inmediato.

Las breves palabras dichas por su esposa bastaron para despertar en el juez una esperanza y una nueva y desesperada sospecha. No siguió a su mujer. Durante largas horas se quedó pensando en las palabras que acababa de oír.

II

EL alba rompió con esa engañosa sutileza tan propia del Oriente. En el oeste, una luna moribunda brillaba aún sobre la tierra con su fría luz. Por encima de una hilera de montes, en el este, iba subiendo el sol, y sus rayos, dorados al principio y de color de fuego luego, alumbraron un mundo que despertaba a las maravillas de un nuevo día. Las gotas de rocío fulguraban sobre la hierba como un millar de brillantes. Un aire suave agitaba las hojas de los árboles, y los pájaros cantaban en las ramas; el ganado empezó a pacer, y de la multitud de casas esparcidas en la llanuras y rodeadas de huertas, salían los hortelanos a recoger la verdura para llevarla al mercado de la ciudad.

A medida que las horas transcurrían, que el sol iba subiendo y el calor disipaba el fresco de la madrugada, una sensación de expectativa se apoderaba de todos los habitantes de la ciudad. Tan fuerte era esa sensación, que los hortelanos dejaron su trabajo, y de dos y de tres se dirigieron, primero en silencio, luego gritando, a la ciudad, a aumentar el número de curiosos que se habían aglomerado a la puerta del palacio de justicia.

No se había permitido la entrada a las masas. Todo el recinto, a excepción de un cuadrado en el centro, estaba ocupado por las personas distinguidas de la ciudad, reunidas para presenciar el espectáculo más sorprendente de su vida. El juez Chan Ah Fook iba a pronunciar sentencia; pero ¿contra quién? Eso era lo que iban a saber al décimocuarto día de haberse cometido aquel infame crimen.

A la derecha e izquierda del cuadrado se hallaban en cuclillas la policía y los jueces menores, en cuyos rostros se reflejaba una expresión de expectativa. Un murmullo de voces llenaba la sala; uno de esos murmullos que tan pronto van en aumento como en diminución, y que son propios de una muchedumbre humana reunida en un espacio limitado.

De repente, las voces callaron. Chan Ah Fook apareció en el recinto, y lenta y majestuosamente, se encaminó a ocupar el único asiento vacante, un asiento más elevado que los demás, y con mirada fría observó a la concurrencia. Después de probar la paciencia de los que lo rodeaban, se puso en pie, y extendiendo la mano derecha, pidió silencio, y habló así:

—Amigos míos, sé que tenéis casi tanto interés como yo por la ceremonia que va a realizarse. No necesito explicaros la sentencia extraordinaria e irrevocable que va a pronunciarse ante todos vosotros, ni ignoro por qué el tribunal está lleno como no lo ha estado nunca. Habéis venido a presenciar un espectáculo único en vuestra existencia y a enteraros de mi fracaso, el primero y último de mi carrera. Kim Swee Kim, no te agaches en tu asiento, ni trates de ocultar el placer que asoma a tus ojos — añadió, señalando a un colega, que, sentado frente a él, lo miraba con una sonrisa de triunfo.—Tú me sigues en grado, y desde hace años codicias mi puesto, pero debes tener paciencia hasta tanto no se cumpla la sentencia que pronuncie, y quién sabe hasta cuándo quizá, pues me gustan esta vida y mi cargo, y no estoy dispuesto a dejarlos por ti.

—Pero, ¿la ley, la costumbre de nuestra ciudad?—balbuceó Swee Kim, con odio mal disimulado.

—Será cumplida—respondió Ah Fook con fuerza.

Acto seguido, golpeó tres veces las manos, a cuya señal aparecieron tres hombres con un cajón oblongo sobre los hombros, una especie de ataúd, que colocaron en el cuadrado del centro de la sala.

Todos los presentes se irguieron en sus asientos, y una expresión de curiosidad se pintó en sus rostros cuando Ah Fook, sin decir palabra, hizo seña a los hombres para que abrieran la tapa del cajón y sacasen lo que había en él. Obedecieron los individuos y presentaron un cadáver rígido y frío, que pusieron boca abajo sobre una camilla.

Por un instante reinó absoluto silencio; luego se oyó un murmullo de voces que articulaban palabras de horror. Pasado un rato, Ah Fook levantó una mano, e imponiendo silencio, volvió a hablar:

—Aquí tenéis el cadáver del que fué asesinado hace catorce días y cuyo matador está aún impune. Vosotros habéis venido a ver sentenciar al asesino, y en caso de que no pueda probársele el crimen, a ver sentenciarme a mí mismo.

Un estremecimiento agitó a la concurrencia. El intenso silencio se hacía insoportable. Ah Fook miró a su alrededor, contempló las caras horroriza-

(Continúa en la pág. 58)

LOS PRESENTES DE LAS NUEVAS CIENCIAS

H. G. Wells, el célebre novelista, pensador y hombre de ciencia británico, acaba de escribir sobre las sorpresas que nos deparará en los años venideros el progreso de las ciencias y sobre las posibles invenciones. Sus ideas son sumamente curiosas e interesantes.

En lo que a esto se refiere, dice Wells, todo es confuso e incierto. Como lo dijo un amigo mío, "es como intentar pensar en algo que no puede ser pensado en toda su extensión". Pero esto es algo más ingenioso que verdadero. Las invenciones venideras adelantan sus sombras por anticipado... A veces son sombras que se proyectan con siglos de antelación...

Los últimos cien años han sido de una centuria productiva en estupenda escala de invenciones mecánicas, debidas a descubrimientos físicos y químicos. Ha sido una época que formará ángulo en la historia de la humanidad; pero es muy posible que no haya ulteriores descubrimientos científicos de importancia durante un tiempo muy largo.

NO HABRÁ CAMBIOS REVOLUCIONARIOS DURANTE LARGO TIEMPO

POR cierto, habrá mejoramientos en detalle, aumento de eficiencia, economía, etc. Los ferrocarriles quizá sean deshechos dentro de otro medio siglo, por lentos y dispendiosos; quizá tengamos un permanente mejoramiento en los materiales de los caminos; el aeroplano y, posiblemente, la nave aérea, puedan desarrollarse y perfeccionarse; podremos quizá transmitir grabados, tan bien como lo hacemos con los sonidos, por el inalámbrico; escrutar las regiones polares, y así, en ese orden. Pero no habrá nada más allá del aeroplano. Nada más allá de la telegrafía, con o sin hilos; sólo transmisiones más rápidas y efectivas.

Deberemos extraerlo todo, y sacar el máximo de esta gran cosecha de los últimos años, que nos ha venido del campo de la física, pues de este campo no creo que nos llegue ninguna cosecha fresca.

Esto chocará a algunos lectores, que se preguntarán: "¿Qué hay con Einstein? ¿Qué hay con los nuevos descubrimientos físicos que hemos oído? ¿Qué hay con la energía del átomo?"

Bien; esas cosas, yo creo, son las primeras floraciones de otras primaveras, cuya recolección de frutos esté, quizá, siglos distante. No parece probable que nosotros saquemos mucho de ello, a no ser el maravillarnos durante largo tiempo.

Einstein nos ha dado un medio más nuevo, más libre y sutil para pensar sobre el sistema de tiempo y espacio en que vivimos. Pero no es probable que esto tenga una inmediata reacción práctica sobre la vida humana en suma.

Hemos llegado a saber que varios elementos, y posiblemente la totalidad de los que componen el sistema de tiempo y espacio, que nosotros llamamos universo, están pasando por un firme (en la mayoría de los casos extremadamente lento) proceso de descomposición, perdiendo energía.

Incurrimos en un torpe y bastante supersticioso uso de la energía perdida en el tratamiento del "rádium" en la medicina. Pero nadie ha proyectado ni la sombra de un fantasma para sugerirnos cómo el proceso de descomposición debe ser disminuído o acelerado.

Nuestro universo, que nos lleva a través del tiempo, tiene sus características de gravitación y descomposición molecular, y no sabemos por qué las tiene.

No creo que la energía atómica llegue a ser involucrada en los asuntos humanos, hasta que nombres tales como los de Einstein, Curie, Soddy y otros así parezcan tan remotos como parecen hoy día los de Arquimedes y Hero. Este último, como se recordará, describió la turbina con caldera de vapor diez y nueve siglos antes que fuera de alguna utilidad. Las propiedades primarias de la electricidad friccional estaban en latencia en los tiempos de Aristóteles.

EL HOMBRE TORNARÁ SU MIRADA PRÁCTICA EN SÍ MISMO

EL siglo último fué la centuria suprema en realizaciones materiales; el presente y el veintiuno, serán, sin duda, de grandes frutos para las ciencias psicológica y fisiológica.



Profecías de H. G. Wells

Desafortunadamente, es necesario en estos días, antes de hablar en forma popular de la ciencia psicológica, hacerla suficientemente clara para que no se confunda con ella, todo el absurdo tráfico de mensajes de ultratumba, y que en ciertos círculos figura bajo el rubro de "ciencia física". La totalidad de esa masa de leyenda miscelánea, no hay duda que es de interés para los psicólogos, pero menos debido a lo que eso nos enseña, como por las debilidades de la mente humana en su persecución de la verdad.

Hace un tercio de siglo, en mis días de colegio, he observado todo ese flujo de nigromancia, experimentos de telepatía y seudoinvestigaciones científicas; durante algunos años fuí miembro de la sociedad inglesa de investigaciones psíquicas; he presenciado la explotación de los clarividentes, leído libros de ocultismo, oí al difunto W. T. Stead, relatar las aventuras de su doble yo, he visto las carreras de Sir Olive Lodge y de Sir Arthur Conan Doyle, reforzadas por maravillosas historias de narradores de menor cuantía, y mi creciente convicción es que esta vasta nube de testigos en medio de la niebla de aserciones estacionarias, no contienen un grano de ninguna realidad substancial, y que detrás de ello no hay más que fraude deliberado, y el deseo de creer en maravillas, la sugestionabilidad de mentes imprecavidas, los "tricks" de personalidades diversas, una tendenciosa ordenación de coincidencias y parecidos, obstinación de hombres con una idea, creencias muy antiguas en fantasmas y magias, aceptables como fábulas, alucinaciones y últimamente el decaimiento moral y el exceso imaginativo debido al uso de drogas.

En los años pasados, me he ido interesando siempre menos en las cosas de los "mediums", en los balanceos automáticos de las mesas, y más y más fascinado por los motivos y pensamientos perdidos de aquellos que se sientan en espera de la revelación, que no acaba de producirse.



LA PROMESA DEL PSICOANÁLISIS

PERO lo que constituye la mayor promesa de la ciencia en el tiempo presente, son los nuevos estudios sobre los motivos humanos que se conocen con el nombre de psicoanálisis. La ciencia de la psicología, hace un tercio de siglo, era para mí una ciencia tan completa como se podía imaginar. La Psicología de Sully, el primer libro de texto con que me encontré, era un lógico y lúcido desarrollo de una falsa clasificación, y una negligente observación de realidades, como los que la mente latina ha producido siempre. Era simpática e impresionante. Los fenómenos mentales eran netamente clasificados en pensamiento, sentimiento y voluntad; y el metódico ensamblaje de las sensaciones en preceptos, y los preceptos en conceptos.

El progreso realizado en psicología desde aquel entonces ha sido enorme. La psicología ha presentado esquemas totalmente nuevos en sus fundamentos. Ha pasado por un período completo de estabilización. Mucha luz ha venido del lado de la neurología, pero los más grandes principios de la psicología descansan en los trabajos de Frend y Jung.

Estos dos hombres tan diferentes el uno del otro por sus caracteres y cualidades, ocuparán lugares adyacentes en la historia de esa ciencia. Ellos han roto el suelo que previamente era duro e inaprovechable, y ahora recogen los frutos en cosechas de creciente abundancia.

DÓNDE NOS LLEVARÁN FREND Y JUND

ELLOS nos han dado una nueva y mentalmente vigorizada concepción del ser humano en su intimidad; ellos han capacitado a las gentes para verse como no se habían visto antes, por qué y cómo pensaban y actuaban.

Ha habido también un gran acrecentamiento en nuestros conocimientos de la mente, no simplemente de la mente individual, sino como asociación en una masa unida, o grupo mental. Estos nuevos métodos están, evidentemente, arreglando nuestras ideas fundamentales sobre el crecimiento, la actividad y la interacción de las mentes humanas.

Los cien años venideros, o cosa así, yo creo, serán una centuria de psicología aplicada, a la que se encontrará estrechamente envuelta una cantidad de ciencia psicológica respecto a las glándulas y estados nerviosos, drogas y secreciones. Marcará una revolución en los asuntos humanos, tanto más profunda como íntima.

La revolución material del siglo pasado afectó, al principio, los campos y las ciudades. La nueva evolución de los días venideros se presenta como una disturbancia en la superficie intelectual, como un arte que hará parecer insípidas una cantidad de antiguas realizaciones, y ocasionará un rompimiento con muchas disciplinas y restricciones del pasado en el pensamiento y en la acción, como una creciente tendencia a la psicología legal, política, financiera y concepciones económicas.

UNA NUEVA EDUCACIÓN

ANTES de mucho empezaremos a darnos cuenta que existe una nueva suerte de educación activa en el mundo, una educación vinculada con nuevas y más claras ideas de la psicología en la vida económica y política. Ha habido, hasta ahora, una curiosa discontinuidad entre nuestras instituciones educadoras y las realidades de la vida; la primera no conducía a la segunda, sino por el contrario, se han mantenido elegantemente alejadas. La escuela profesaba la preparación de ciudadanos, pero sólo ha conseguido estimular pocos competidores para el éxito, y fracasó en equipararlos para la lucha.

Añade Wells:

Permitidme ser algo más explícito sobre las posibles aplicaciones de la nueva ciencia psicológica para los prácticos asuntos humanos. Considérese primero a qué se debe que nosotros guardamos una especie de paz entre hombre y hombre en nuestras comunidades, y mantenemos un entendimiento general sobre lo que un hombre puede hacer y lo que no puede hacer. Nosotros llegamos a eso por medio de la ley y de la judicatura, y con un cierto aparato policial. Pero las leyes que nos mantienen unidos en una comunidad son una complicada trabazón de tradiciones, compromisos, pedanterías y dilaciones posibles... Los procedimientos de nuestras judicaturas son una mezcla de tradición, negligencia y lentitud. Una corte judicial nos retrotrae a la Edad media, a las togas medioevales, fantaseando su estado de antigüedad. Los abogados recuerdan las incomodidades físicas de lo pasado; ninguna otra profesión trabajaría en las obscuras, sucias, polvorientas e insanas oficinas en que, evidentemente, los abogados están a su placer. Sólo gente al borde de la locura querrán entrar en la oficina de un abogado, pudiendo evitarlo.

Casi todos los que han estudiado estas cosas concuerdan en que nuestras prisiones son aparatos para destruir el alma de los hombres. Las ideas de castigo que gobiernan en nuestras judicaturas en la actualidad, constituyen difícilmente un progreso sobre las que reinaban en la Babilonia de Nabucodonosor.

DE DÓNDE SURGE EL CRIMEN

LOS crímenes que cometen los hombres, y que los hacen caer bajo las agarrotantes restricciones de la ley, surgen sólo muy rara vez de la parte negra del corazón humano. El gran número de atentados contra la propiedad puede ser fácilmente atribuíble al mórbido temor a la pobreza, que engendran nuestras inseguridades económicas; la mayoría de los crímenes y violencias se producen debido a los celos y situaciones intolerables creadas por nuestras inconsistentes leyes matrimoniales; y un resto obedece al hecho de vivir en un mundo insensible. La mayoría de los crímenes son estallidos producidos por desastres humanos. Si pudiéramos eliminar la mayoría de estos desastres, los crímenes que cometerían los hombres serían más raros y triviales. Y cada día nuestra ciencia psicológica hace nuevas declaraciones y señala más claramente el camino que debe seguirse para aminorar los desastres humanos.

(Continúa en la pág. 28)

LAURA

POR

AUGUSTO GONZÁLEZ CASTRO

Es moderna. Tiene veinte años, y se pone "Rimel's" en los ojos, y "Rouge" en los labios. Ella dice así, alargando felinamente la húmeda boquita en un galo gesto que sólo entendemos nosotros, pero que le da cierto aire de distinción trasatlántica. Sabe vestir. Es algo inteligente, muy frívola y no habla sino riéndose atropelladamente. Su cuerpo largo, bastante bien hecho, se inclina hacia adelante, apenas aprisionado por el traje, que, de cualquier color, termina en el lugar preciso en que la pantorrilla hace un revelador y dulce declive. Y los pies, no muy pequeños, gozan de unos elegantes zapatos "modoré", de última moda, que son el orgullo de su dueña.

Laura es buena. Le gusta agradar, y lo sabe hacer.

Ahora es novia de un militar más bajo que ella; se cree algo enamorada de un diplomático, al que nunca ha visto, pero de quien ha oído hablar, y está deslumbrada por la verbosidad de un poeta tropical; todo lo cual es peligroso.

Esta mañana de domingo, después de misa, Laura se ha ido a Palermo. Palermo, con sus avenidas umbrosas, la atrae siempre; pero más que Palermo, la seguridad de un uniforme exacto en cierto banco, bajo la sombra de un árbol, subyuga su coquetería. Porque si a Laura no le importa su novio, en cambio, está sugestionada por un "dorman" azul orgulloso de galones, y por unos pantalones encarnados, a los que la vecindad de un sable curvo da altas continencias de heroicidad.

El poseedor de estas prendas es un muchacho casi tonto para la vida civil. Ambulante lección de balística, su conversación es una perenne trayectoria, ya ante una mujer bonita, ya ante un clérigo medroso. Laura no le ha comprendido nunca una frase, y, por eso, le ha sonreído siempre.

Ambos, puntuales a la cita, se han saludado sin efusión y han hablado después. El, infalible, en largos monólogos científicos de cañones y granadas; ella, distraída, en alegres charlas locas de encajes y de cintas. Luego, han disputado por cualquier cosa, como de costumbre, y se han separado enojados.

Transpuesta la verja del paseo, Laura piensa sorprender a Ester, su amiga íntima, con una visita inusitada. Camina las cuatro calles que la separa de su casa y llama, nerviosamente. Ester no está. Así lo asegura, entre dos sonrisas serviles, el viejo criado que ha acudido. No está, y no vendrá a almorzar, porque fué a misa con las señoritas X.

En la acera, Laura se resigna a la monótona comida familiar. Hace detener un automóvil, y, cuando, tras la rapidez de su pie, suena la portezuela y vibra el motor, ella piensa que no es feliz porque su novio no la quiere, y presiente que tampoco lo sería si la quisiera...



LUEGO HAN DISPUTADO POR CUALQUIER COSA, COMO DE COSTUMBRE, Y SE HAN SEPARADO ENOJADOS.

Sí, mamá. Estoy triste... Vamos, triste no, pero siento algo raro. Quizá un poco de hastío... ¡Es tan igual esta vida!...

Y Laura, después de decir, indolentemente, las anteriores palabras, se deja caer con suavidad en una "chaise-longue".

La mamá mueve la cabeza... ¡Sí!... La niña está pálida; hace días que no come... Y su carácter, antes tan jovial, se ha vuelto algo sombrío... ¿Qué tiene la pobrecíta?... ¿Acaso ella no le da gusto en todo?... ¿Está enferma?... ¿Algún amorcillo, quizá?... ¿Por qué no se confía a su madre?... ¡Y le echa la culpa a la vida!... ¡La vida!... La vida es siempre buena para una muchacha de veinte años... Si fuera vieja... ¡Vaya! ¿Qué quiere la tontuela?... ¿Pasear?... ¿Ir al teatro?... ¿Comprar tal chuchería?... ¿Por qué no habla?



DIBUJOS DE VÍCTOR MOREY

Estos pensamientos hallan dulces inflexiones de ternura en los labios de la señora.

Laura la escucha, y, mimosa, dice:

—No, mamita. No quiero nada de eso... Quiero... (Sonríe.) Quiero... (Vacila.) Quiero lo que no podré hallar nunca: ¡un cariño raro! Ya ves que soy loca, ¿verdad?...

¡Un cariño raro!... La mamá abre desmesurados los ojos. ¿Cómo se le ha ocurrido eso a la niña?... ¡Un cariño raro!...

En una matinée, otro domingo, Laura conoció al diplomático que la admiraba: un caballero de irreprochables maneras y meloso trato, que usaba monóculo y que llevaba engomadas las guías del bigote. Habló con él, lo miró largamente con su grandes ojos interrogadores, y, luego, en un giro de la conversación, tras el vaivén de su abanico y entre sorbo y sorbo de un delicioso refresco de fresas, inició, distraída, el repertorio de sus encantos.

El tema del amor se deslizó, como siempre. Galanterías y sonrisas volaron de cerebro a cerebro, sin que una línea de emoción plegara, siquiera fugazmente, los impasibles párpados, bajo los cuales se buscaban sabias pupilas cansadas de lo mismo.

Laura habló de *Ellas*. Se lamentó de que el alma femenina, generalmente incomprendida, pasara con sus ensueños, con sus amores y con sus penas, sin ser descubierta jamás por el ser varonil, noble y fuerte, que debía estar esperándola. Hizo una síntesis clara del amor moderno. Lo calificó de teatro vulgar, en el que mujeres maniquíes y hombres monigotes se mentían sin arte, y, por último, cuando su discurso, vibrante y atolondrado, vaciló en una frase, hizo la pregunta final:

—¿Usted cree que puede existir hoy un cariño raro?... ¿Algo así como de cinematógrafo, en que a lo puro del sentimiento se una la superstición de lo irremediable y la sucesión del obstáculo?... ¿En que todo sea imposible, hasta que algo fácil, que llegue porque sí, desgrane los acontecimientos hacia el ánfora de la vida común?

Perplejo, el diplomático tose ligeramente, se acaricia el bigote, y dice:

—No, señorita; en el cinematógrafo de la vida, las películas son distintas, y debemos conformarnos con ellas. Son pocas las mujeres que piensan como usted, se lo aseguro... Varíe, mejor... ¿Para qué martirizarse la juventud con esas ideas?...

□ □

Si hablara menos...

En los oídos de Laura vibran las palabras de su poeta... "Penumbras azules, fosforescencias de luna, rumores de florestas encantadas, músicas de lejanas brisas, perfumes, matices, besos, trinos, escalas de suspiros, ritornelos de alas, ensueños, glorias, amor, amor, amor...

Si hablara menos...

□ □

Y esta mañana de domingo, bajo el sol ardiente del verano triunfante, Laura ha ido a Palermo, y en el mismo banco de siempre, hechas las paces, ha escuchado con los ojos enormes una lección sobre las balas dundum, y se ha marchado después, sin disputar, sumisa y ligera, pensando que su amor de hoy es raro porque no lo comprende, o porque no es amor...

UN PROBLEMA DIFÍCIL



¿CON QUÉ CUBIERTOS SE COMERÁ ESTE PESCADITO?

CONFIDENCIA LITERARIA

POR

ARTURO CAPDEVILA

COMO quiera que a mi verdadero primer libro — folleto inconfesable — se lo tragó mi prehistoria, *Jardines Solos* viene a ser el primero. Apareció en reducidísima tirada, y no se reeditó hasta hoy, que llevo publicados catorce. Esto ya dice que ha corrido tiempo desde su aparición — todo el que va de 1911 a 1924, — y que el autor, en su transcurso, juzga no haber vivido en vano. Tampoco ha trabajado en vano. Sus compatriotas siguen con interés su trabajo, y esto lo alienta. Pero, asimismo, esto lo obliga a cuidar cada día más su labor. Se comprende así que *Jardines Solos*, libro de mocedad y de búsqueda, no pueda reimprimirse tal como salió: que fué salir apenas pergeñado, como obra más que temprana, prematura; hijo de un temperamento que por la fuerza de la edad se arrebataba tumultuoso y confuso. Hay que añadir que casi no fué revisado en las pruebas de imprenta, pues el dolor de recientes desgracias y la fatiga de labores pesadísimas, le robaron al autor, de consuno, serenidad y tiempo.

Y sin más tardanza recordaré agradecido el nombre del impresor de *Jardines Solos:* mi amigo don Vicente Rossi, escritor uruguayo, que tiene, desde hace años, imprenta y librería en Córdoba, y a cuya inteligente diligencia deben las letras de ambas riberas del Plata estudios críticos tan señalados como los de sus libros *El Teatro Nacional Rioplatense* y *El Gaucho*.

Servíanos su casa, por natural eficacia de la simpatía del patrón, a modo de pequeño ateneo, en que eran — sin contar al que esto escribe — conspicuos ateneístas Baudilio Vázquez Ludueña — el llorado poeta que nos llevó la muerte, — ambos mayores Orgaz, Enrique Casterán, que representaba entre nosotros la lírica tucumana; Deodoro Roca y Octavio Pinto, para no hablar sino de los fundadores. La reunión peligraba de continuo con la clientela de la librería: empingorotados doctores, que afortunadamente se cuidaban muy bien, por desdén o por recelo, de meterse demasiado con nosotros. Trataban, oían, saludaban someramente corteses, y proseguían su camino. Volvían entonces rotundos a nuestros labios los nombres de Leopoldo Lugones, de Jaimes Freyre, de Rodó, de Rubén Darío.

A poco más de los veinte años, nada tan grato al corazón, cándidamente ambicioso, como publicar el muchas veces soñado libro de versos. Alguna bien lograda estrofa nos mueve a creer que todas son excelentes. No pensamos sino que naceremos con él a la inmortalidad, en cuyo nombre, diarios y revistas de Buenos Aires, habrán de llamarnos — ansiada emoción — a colaborar al lado de los maestros. Nuestra vida será entregada a los milagros de la gloria. Y, lo más querido: seremos amados.

Pero el padre ha muerto, y el autor de *Jardines Solos* ha sido llevado por la necesidad a practicar cosas más útiles. Un lacerante dolor nos hace sollozar en la calle. Todo está deshecho: los mejores sueños. Aquellos ahorros con que pensábamos publicar un libro, alcanzar un nombre glorioso, escribir en *Nosotros* (Giusti nos da miedo; Bianchi nos da confianza), conocer a Lugones, darnos la mano con Gerchunoff, ganar un amor inefable; aquellos ahorros, ciertamente aladinescos, se fueron día a día, centavo a centavo, entre pan y pan.

Y lo que fué ganado en justa de poetas — que así gané mi primer billete de quinientos pesos, en la Academia Literaria del Plata y por mano del padre Gambón (seamos ecuánimes, no sin dejar las cosas en su lugar y tiempo), — aquel dinero de las musas, que yo tenía por sagrado y todopoderoso, resultó no valer más que el de los jornaleros ni servir para mayores cosas. Primera reducción del mundo a mis ojos. Acaso el mapa que lo representaba era más grande que él.

II

GRAN pena es dirigirse a la Imprenta Argentina a dar contraorden, antes de que pongan el primer pliego en la máquina. Pero hay que ir, y ser valiente, y decir con la debida honesta franqueza que no tenemos con qué pagar.

Con esta melancolía entro en la casa de Rossi, en la esquina de la calle Ancha, frente a la iglesia de Santo Domingo.

Lo hallo fumando su cigarrillo, tras el mostrador.

— ¿Qué anda haciendo, don Arturo? — me pregunta, como de costumbre.

— Nada, don Vicente. A decirle que *Jardines Solos* no se hace. Ordene que interrumpan el trabajo. Usted sabe lo que ha pasado. Le pagaré como pueda la composición de "galeras".

Don Vicente me contesta:

— El libro se hace. Me lo pagará cuando pueda.

— ¿Dentro de diez años?

— O dentro de veinte. El libro se hace.

Y así fué.

III

SALIÓ el libro, y de todo él, que no me trajo nada de lo que me prometiera — ni amor ni gloria, — sólo llamó la atención, por razones circunstanciales, la dedicatoria en verso al doctor Estanislao S. Zeballos, ilustre hombre que no tuvo a menos advertir desde Buenos Aires mi entonces obscura pequeñez provinciana. ¡Cómo no dedicarle el libro, si ya merecía estatua, proeza tan sutil y singular!



EL ILUSTRE NOVELISTA Y POETA, EN LA INTIMIDAD DEL HOGAR



"Le dedico mi obra — le escribí, al enviársela, — pobre homenaje que nadie conocerá. No importa. Vendrá día en que, reimpreso mi ahora ignorado libro, alcance la atención de la gente. No lo dude usted." Y le agregaba esta jactancia: "Si de todo viviera tan seguro como de mi destino literario, no habría hombre más dichoso que yo."

El día que preví ha llegado. Pero Zeballos no recibirá tampoco hoy el testimonio de aquel agradecido cariño que tanto se acrecentó con los años. Anciano y glorioso, cayó al peso de sus muchos trabajos y de sus grandes días.

Según lo calculara, ni diarios ni revistas se ocuparon de mis *Jardines Solos*, como no fuera para comentar saladamente la ya dicha dedicatoria. De esta suerte me llegó un poco a la cara la soflama de los llameantes odios que, acá y allá, en las alturas de la actuación pública, suscitara aquel hombre extraordinario, por patriota, por valiente y por amigo de la verdad.

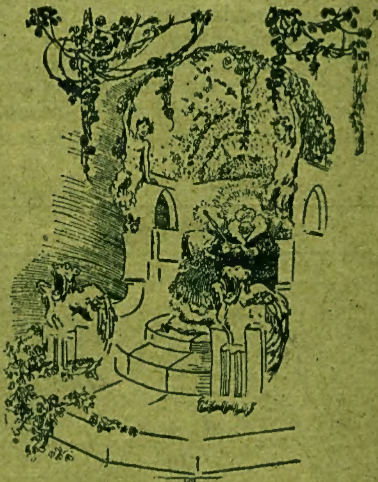
Hubo una sola excepción: la de *La Prensa*, a quien, así, le debo la primera voz de aliento en mi camino.

Con cuánta satisfacción menciono ahora que mi alentador no fué otro, en aquella tribuna, que don Leopoldo Herrera, alma llena de generosa simpatía hacia todo noble designio. Y no digo más, que no le gusta que se hable de él.

IV

CORREGÍ, pues, mi libro. Es el mismo, pero es otro. Saldrá depurado. ¡Hubo que podar en estos jardines!... Y que recortar mucho hirsuto ramaje, y que sacar de raíz mucha ruda maleza, y que barrer mucha mala hojarasca. Me parece que hice bien. Rechazamos el principio romántico de que un libro sólo debe corregirse en el siguiente. Creemos todo lo contrario, y desearíamos, en esto como en nada, ser oídos por los autores jóvenes. La corrección debe ser hecha allá donde haga falta. No debe el artista sentir como enajenada su obra por haberla dado a luz de publicidad. ¿Quién gana algo con eso? La obra sigue siendo del autor, y su responsabilidad se agranda con cada día que pasa. No se le puede permitir renunciar a mejorarla. Corregir siempre su obra es uno de los mayores deberes de un artista. Vemos que los que tienen casa no cesan de embellecerla, bien que solamente lo hagan por ostentación. (Y los que tienen libros — moradas de almas, — ¿no los embellecerán?) No se descubre la conveniencia de dejar al aire los cimientos del edificio o sin revoque sus paredes. De modo paralelo, propagar que se corrija un libro con el siguiente, es postular un sofisma. La obra de un escritor ha de ser una integridad, lo que no excluye que cada uno de sus miembros deba tratarse como una totalidad. Todo el asunto depende de publicar libros dignos de ser corregidos.

He corregido mucho. Composiciones hay que han sido suprimidas; otras, para llenar el vacío, y también por merecerlo, fueron traídas de aquel susodicho cuaderno de versos de mi prehistoria. En muchas poesías, una mínima corrección obtuvo todo el deseado realce. En otros casos — los menos, — composiciones de asunto grande — entonces superior a mis fuerzas, — han sido llevadas a su plenitud expresiva y a su total desarrollo. He corregido mucho, pero siempre como el que va descubriendo lo que salta a la vista. Por eso los versos de la reedición parecerán todavía más espontáneos que los otros.



Paradoja: Aun habiendo enmendado tanto, el libro ha ganado en fidelidad. Me separé de las palabras para llegar mejor a las cosas que, balbuciente, quise comunicar. Puede ser que la voz sea distinta. Con todo, el eco general del libro es el mismo.

Me alegro de todo lo que hice. No hay por qué se avergüence el poeta delante del artista. El delirio de la pitonisa ha dejado de ser, por fortuna, el ideal de la inspiración y del arte.

EL TRAGICO MAMERTO

POR

S. HELMANN





SU vida es digna tanto de una novela como de un romance.

Nació en las inmediaciones del Vesubio, cuando el monstruo vomitaba su fuego destructor, y allí vivió sus primeros años de niño cuidando cabras y cazando mariposas, a las que se complacía atravesar con un alfiler, desde la cabeza al rabillo.

Las erupciones fueron el estímulo que lo llevaron al convencimiento en la actualidad del motivo de la fuerza y heroísmo, molde en que fundía su personalidad.

Mamerto hoy es venerado por los que le admiran de verdad.

Su vida es una caravana de originalidades, aunque el historiador diga lo contrario procurando destruirle las virtudes.

Se le ha visto amar el arte, cuidar las flores y adorar los peces (no confundir pescado frito).

Más de una vez su heroísmo de niño le hacía concebir macabras combinaciones, en donde la épica conventillera tejía sus idilios trágicos, saturados por impulsos báquicos puestos de manifiesto por la frutilla nasal de sus moradores.

Llegó pequeñuelo al país, y su alma impertinente encontró en la Argentina el Canaán de sus traviesas ilusiones; vivieron sus padres en las inmediaciones de la ribera, y allí el aire de mar con su oxígeno hizo de Mamerto un Hércules que "batía el récord" en la venta de la corvina.

Este oficio lo ejerció hasta la edad adulta, independizándose luego de la miseria, cosa que se hace cuando cesan las cachetadas de la suerte como acostumbraba él a decir.

El oro de su padre lo vinculó a caudillos y él también ingresó en las huestes del voto comprado, valiéndole ello, al poco tiempo, un puesto representativo que lo puso en contacto con hombres de alcurnia.

Más de una vez se vió desconocido ante el designio de las cosas que hacen del hombre un palo y de un palo un hombre, como dijo alguien de quien no se acuerda en este momento el escritor.

La inquietud lo transportaba al pasado de su bulliciosa vida, la niñez, rompiendo faroles y sacando el kerosene para reemplazarlo con el agua, dejando al barrio en tinieblas y gozando en silencio el resultado de sus travesuras.



ENTRE las muchas que se destacaron en la tumultuosa niñez de Mamertito, merece especial mención la de haberle llevado la autora de sus días a un teatro chinesco, en donde una doncella bailaba sobre llamas de algodón la titulada danza del fuego; esta representación llenó de heroísmo al joven espectador, de modo que al llegar a la casa narró a los inquilinos de la modesta mansión el espectáculo que había presenciado con lujo de detalles, atestiguados por la mamá y el tío Genaro, que le escuchaban exhortándole al heroísmo con el ejemplo.

Pero fueron de tan mala suerte los consejos, que al día siguiente quiso hacer la misma prueba sobre un brasero con dos sillas a cada lado, y poniéndose un vestido de la mamá, se subió; al comenzar apenas, dió un traspié y quedó sentado sobre el brasero en medio de un llanto atronador.

Esta travesura fué el broche que selló el principio de su regeneración, que culminó en la edad adulta dando como resultado un hombre valiente y diestro, capaz de domar un potro sobre un Vesubio apagado, según un dicho ítalo-gaucho.

Formó su hogar joven con las bendiciones del porvenir; a él llegaron los hijos con marcada puntualidad, que no excedía de los 365 días del año. El lloriqueo de los pequeñuelos era su mejor estímulo para proporcionarles hermanitos bellos como angelitos rubios de leyenda napolitana.

Su hogar era un templo de virtudes, matizado con su santo catecismo de fuerza y músculo, según una doctrina inventada y cultivada por el diestro Mamerto.

Las noches otoñales del hogar se deslizaban amenamente. El jefe, con su simbólico acordeón, "ejecutaba" piezas y autores, mientras que la buena esposa, pacientemente, zurcía las gruesas medias meridionales del esposo, y los chicos, que tirados en el suelo, cavilaban sobre un cartón jugando al tatetí.

La suerte también le dispensó la grata realidad de que los gobiernos se le humillaran pidiéndole el aporte de su caudal electoral; hasta los hubo que lo saludaban en esquelas perfumadas y salutaciones que terminaban en (que besan sus pies)... Todo era conquistarlo.

¡Oh, si los pies de Mamerto hubieran sido besados por todos aquellos hombres, se hubieran divinizado como los pies del redentor; tal era el concepto de que para sí se formaba el héroe de esa época de obscurantismo, en que los hombres se confundían con las vacas y caballos del porvenir.



LOS años labráronle una fortuna, y sólo vivía para los suyos y con los suyos, siempre con el lema de la fuerza y el músculo. Para ello se extasiaba en los libros, aunque le era dificultoso leer aun llevando lentes con vidrios de grueso calibre, a causa, según él, de una mala vista, y según sus adversarios, que lo juzgaban sin indulgencia, de ser un brigante analfabeto.

Reía de ese calificativo que más bien le servía de estímulo para ilustrarse en la historia de los hombres de fuerza, acumulando un caudal de conocimientos adecuados; héroes de todas las edades con músculos de hierro, bronce y latón, que desfilaban en imaginación inquieta. Primero el rey bíblico que dió muerte al gigante Goliat, Ursus y Sansón, y en la edad moderna Garibaldi, Juan Moreira y Firpo, únicos héroes para sus conocimientos predilectos.

En cierta noche de grandes concepciones imaginativas, durmióse soñando que con su oro y sus aspiraciones había fundado un pequeño templo en donde Apolo, Sansón y Firpo formaban la gran trinidad ante la cual se doblegaban los hombres como ante un símbolo del porvenir, y en donde Mamerto oficiaba de sumo pontífice, y a quien llegaban todas las peticiones de amor, fuerza y justicia.

Vió allegarse a él una doncella que, arrepentida de ataviarse con el oro de la lujuria, le pedía indulgencia para sus pecados, aconsejándole el Gran Sacerdote confesor de que, para redimirse debía vender corvinas, descalza, como lo hizo él en su niñez.

La confesada aceptó la penitencia bendita, quedando convertida por mágico encanto en una vendedora, tal como lo había propuesto, y entonando una canción calabresa: "Yo soy una pobre pescadora que vende pescado fresco para redimirse."

El gesto de la arrepentida le llenó de íntimo gozo y siguió soñando que redimía a la humanidad de sus más graves faltas, hasta que fué despertado por el chicuelo con quien dormía, a raíz de una picardía común que siempre solía hacerle... cuando no le levantaba el bigote, que acostumbraba llevarlo caído como ramas de sauce llorón.

Jamás sintió tanto amor por el prójimo como en ese instante de sueño feliz, llegando al convencimiento pleno de que el mundo estaba perdido y que él podía ser su salvador, tal como lo había concebido en ese sueño de hadas traviesas que le tiraban el bigote.

Ante la férrea voluntad de sus aspiraciones, Mamerto se imponía para llegar a la realidad de las cosas tal como lo había concebido, y habiendo leído "Quo Vadis?" se dijo para sí: —¡Mamerto!, ¿adónde vas?—Y él mismo se contestó:—A salvar al mundo, aunque sea como lo hizo la heroína de sus sueños.

Una idea feliz culminó en su mente. Una corrida de toros en la República sería una escuela de valor y de fuerza según sus concepciones hercúleas. Consultó a su esposa, y ésta le recomendó calma, pero él siguió firme en la brecha, sin doblegarse en sus propósitos, y nada mejor que sus amigos del Jockey Club para imponerles este plan; ellos, que en un tiempo besaron sus pies, hoy debían guiar la barca toruna.

Se le concedió audiencia en la gran casa hípica. Ese día compareció ante el selecto núcleo de "sportmen" a exponer las bondades de sus propósitos.

El énfasis, la hidalguía y el heroísmo saturaban su exposición ante quienes le escuchaban por obligación más que por importancia. Para darle mayor realce solicitó permiso para reproducir una de esas escenas épicas; complacióse al héroe, y para ello se pasó a un salón muy amplio con comodidades adecuadas para la escena, donde Mamerto, con la hilaridad correspondiente, se había presentado vistiendo una elegante casaca de torero y un sombrero de vistosas plumas, dispuesto a dar una sorpresa que influyera favorablemente en el ánimo de los que le escuchaban.

Empezó la prueba con una corrida en donde el torero, que era él, desafiaba a un toro bravío (fantástico, no alarmarse) llevando una gran parte de ventaja sobre el furioso animal; escena ésta que recobraba grande interés que, hábilmente, simulaban los espectadores.

Los gritos de Mamerto resonaban en la amplia casa como un himno salvaje, que era amortiguado por una pianola que ejecutaba algunos pasodobles.

El final de la escena fué tan emocionante, que el héroe fué embestido por el fantástico animal y con tan mala suerte que su cabeza dió contra una de las columnas, dando lugar a que aquélla casi se abriera a la par de una sandía arrojada de un quinto piso.

El desmayo fué instantáneo, como también el auxilio prestado. Sus ropas estaban pegadas al cuerpo, pero vuelto en sí quiso proseguir hasta dar muerte al rencoroso animal.

No se le dejó terminar, y se le trasladó a su domicilio, con el aplauso de la concurrencia.

Al día siguiente se le notificó la imposibilidad de realizar su magno e importuno proyecto. Sintió entonces en su corazón la íntima tristeza que le hizo recordar la del navegante bohemio cuando fué desoído en la Junta de Salamanca.

Su Junta de Salamanca fué aquella lujosa casa, de la cual dependía la carrera de sus naves torunas.

La esposa y los hijos le prodigaron mil consuelos, aconsejándole que desistiera de sus magnos propósitos, por cuanto el mundo era un ingrato.

—¡Sí!—respondió él.—¡Ingratísimo! Colón fué loco, Magallanes testarudo y Mamerto un pobre diablo...

Mientras esto decía levantaba las

(Continúa en la pág. 35)



DIBUJO POR DE LAMO

MACANITAS

POR JOSÉ M. SIERRA
DIBUJOS DE VÍCTOR MACAYA

DESDE MAR DEL PLATA

Rambla de Mar del Plata. — Mi estimado
director: con un tiempo delicioso,
contemplando este cielo tan hermoso
y el mar afortunado
que besa, con sus olas, en la playa
tanta mujer hermosa y atrayente
(con lo cual el más guapo se desmaya,
mientras que él se retira indiferente),
le contaré mis cuitas
ya que no se me ocurren macanitas.
Es el caso, señor, qué la otra tarde,
por lucirme ante varias señoritas,
quise de Tiraboschi hacer alarde,
pensando que el nadar no tiene ciencia
puesto que hasta el atún, al que la gente
trata, con inaudita irreverencia,
de animal inconsciente,
sin sentido común ni inteligencia,
nada perfectamente.



Y, trazado mi plan, sobre las olas
al agua me lancé haciendo cabriolas;
pero pronto perdí, por mi torpeza,
no solamente pie, sino cabeza,
cayendo en lo profundo
del mar, a la sazón embravecido,
sin haberme podido
despedir de este mundo y de ese "Mundo."
Sin sentido quedé durante un rato,
mas, el instinto innato
de conservar el cuero,
me aconsejó buscar un asidero
para salir a respirar afuera,
porque, dentro del agua, es evidente
que el hombre no respira fácilmente,
siendo lo más probable que se muera.

Busqué, lleno de angustia y sufrimiento,
un anzuelo, una red que me pescara
y vivito y coleando me sacara
del líquido elemento
que a mí se me antojó en aquel momento
fría losa de mármol de Carrara.



Ya muerto me conté, ya no sabía
si una pierna que así desesperado
era de un semejante o era mía...
y, a la pierna agarrado,
salir pude, por fin, del agua fría
completamente ahogado...
Tendiéronme después sobre la arena
y, en fuerza de "tirarme
de la lengua", sin duda a ver si hablaba,
la que yo imaginé linda sirena,
que consiguió sacarme
del agua, me salvó. — ¡Ya respiraba!



Por banco alguien tomó la panza mía
y, dándome apretones,
el agua me extrajeron, que salía
por mi boca y nariz a borbotones,
como suelen echarla los delfines
en las fuentes que adornan los jardines.
Vuelto en mí, lo primero
que busqué con mirada soñadora,
como la del carnero
que ha sentido sonar su última hora
o cual la del besugo prisionero,
fué mi buena, mi amable salvadora
que yo me imaginaba encantadora
como la bella Hero,
balanceándose en el tendedero,
donde, puesto a secar, me hallaba ahora.
¡Mas, ¡ay!, vana ilusión! La nadadora
que salvarme logró con heroísmo,
pasaba por mujer, pero era el mismo
Tutankhamón en momia. ¡Negra suerte!
Si cuando yo agarré la pierna aquella
hubiese sospechado que era de ella,
no me dejo salvar. ¡Antes la muerte!



Contemplando su faz de perro dogo
se me escapó decir: ¡Qué bicho feo!
No lo pude evitar; fué mi "desahogo".
doblemente oportuno. ¡Ya lo creo!
En fin, me "desahogué", que es lo importante,
de ambas maneras, por lo que he pensado
cambiar y conducirme en adelante
como lo que ahora soy: un "desahogado".
Y, adiós, amigo mío.
Reciba un fuerte abrazo que le envío
y nunca tenga usted la suerte perra
de este su servidor.

EL ENIGMA

POR HORACIO V. DUTRA

DIBUJO DE FASINE



—¿ADIÓS?
— Adiós...
— ¿Para siempre?...
— Para siempre...

Y la puerta se cerró, con el ruido seco de sus goznes.

Frente a ella, en la acera, con el sombrero en la mano, insensible al violento frío de aquella cruda noche de agosto, Carlos permaneció de pie con la mirada fija en la puerta que se acababa de cerrar ante él. Después echó a andar, calle arriba, lentamente, el paso vacilante, los ojos brillantes y la frente descubierta al aire helado de la noche. Una fría llovizna caía implacablemente del cielo gris, empañando los arcos y haciendo apresurar el paso a los escasos transeúntes.

Al penetrar en su habitación, Carlos conservaba aún el sombrero en la mano, y cuando la luz de la lamparilla eléctrica iluminó la estancia, su mirada se dirigió hacia la cabecera de su lecho...

En la pared, el retrato de su madre, muerta hacía cinco años, parecía mirarlo con su gesto bondadoso y triste.

Carlos lo contempló un momento, con una expresión de tortura infinita, después se dejó caer en el lecho. Entonces, toda la angustia tanto tiempo contenida estalló; y tendido boca abajo, con la cabeza hundida en la blancura suave de la almohada, sintiéndose morir, como próximo a la disolución definitiva de todo su ser, sollozó silenciosamente, profundamente, durante largo tiempo, sacudido su cuerpo por estremecimientos dolorosos.

Después, una laxitud profunda comenzó a invadir sus nervios, y paulatinamente su cerebro pareció irse llenando de sombras, tenues al principio, más compactas luego. Sus ideas se presentaban menos firmes y más dispersas en su mente, hasta que ya no fueron sino leves toques que desaparecían en seguida.

Una obscuridad cada vez mayor fué invadiendo sus facultades, y experimentó una remoción extraña, como si fuera descendiendo suavemente por el aire a un abismo, hondo, interminable, hacia el cual caía presa de una sensación de paz profunda.

Por un instante la luz luchó en los obscuros rincones de su subconciencia con las sombras que la invadían; después, la impresión primera se acentuó más aún, y su espíritu continuó cayendo, cayendo siempre, como diluído en la sombra cada vez más intensa, cada vez más enorme, sumergiéndose por último, definitivamente, en el silencio.

DOS días después encontré a Carlos en el pequeño café donde solíamos reunirnos. Su aspecto me lo reveló todo. Y cuando sus labios me relataron su gran sufrimiento, un profundo remordimiento me torturó.

Yo lo había presentado en la casa de Margarita Vilareal, y había asistido a la iniciación de aquel hondo proceso amoroso entre mi amigo y aquella joven, bella y coqueta, cuya frivolidad era a manera de invulnerable coraza, que hacía casi imposible el acceso a su corazón, y cuya posición social — bien distinta a la de Carlos — le impedía tomar absolutamente en serio la pasión de aquel muchacho, bondadoso e inteligente, a cuyos requerimientos había accedido, sin explicarse ella misma el porqué, con esa común inconsciencia femenina, exenta del sentimiento de la responsabilidad.

Carlos estudiaba derecho y no contaba más que con una modesta pensión mensual que le enviaba su padre, residente en Tucumán, recurso que él trataba de acrecentar escribiendo críticas de arte para los periódicos, que retribuían escasamente su labor, cuyo fruto consumía casi totalmente en flores y pequeños obsequios para la amada, que los recibía con una sonrisa compasiva, que la ceguera amorosa de mi amigo no percibía.

Y ese día, cuando lo vi venir hacia mí, con los ojos secos, los párpados enrojecidos y el semblante lívido, una terrible sospecha me punzó el corazón.

Se sentó frente a mí, junto a la mesa cercana a la ventana, a través de cuyos cristales se veía la ciudad hervir en una fiebre de actividad loca y continua.

Las miradas brillantes de Carlos vagaron un momento entre aquella colmena humana, que se movía afuera estrujándose brutalmente. Después, mirándome, murmuró:

— Todo terminó...

Lo sospechaba, y respondí:

— ¿Y qué vas a hacer?...

— No lo sé... Acaso resignarme, acaso desaparecer...

— No digas eso... Sería una cobardía.

Carlos me miró con una expresión de ironía dolorosa, que penetró en mi corazón como la hoja de un agudo puñal. Yo continué:

— Es una cobardía no afrontar el dolor de vivir cuando él viene hacia nosotros...

— Quizá tengas razón — respondió Carlos con lentitud reflexiva. — Pero... afrontar lo desconocido, ir hacia el más allá, desafiar el misterio tremendo que ha de comenzar cuando terminemos nosotros, ¿es también cobardía?...

Sorprendido, no respondí. Carlos continuó:

— La cobardía es lo que nos hace permanecer aquí, sujetos a nuestras pasiones y a nuestras tristezas. Ella es la que, en la mayoría de los casos, nos impide apretar el gatillo de un revólver en el momento decisivo. Y es ese miedo terrible al "no ser" el que ha sacudido las generaciones por siglos y siglos, atormentando a la humanidad, que ha necesitado inventar el Nirvana o el Paraíso a fin de proveerse del valor necesario para afrontar, en el momento preciso, la verdad que existe más allá de sí misma...

Calló por un momento. Sus ojos bondadosos adquirieron un tinte frío y metálico, y prosiguió:

— ¡Ah! Cuando nos atrevemos a dejar vagar nuestra razón en torno del gran enigma oculto, comprendemos cuánto valor se necesita para afrontarlo, y acaso envidiamos íntimamente el valor de los que van a su encuentro, dejándonos a nosotros aquí, torturados, arrastrándonos entre nuestras miserias y nuestras tristezas. Eso es todo. Por mi parte — prosiguió después de un breve silencio que no osé interrumpir, — yo no huyo de la vida. Creo simplemente que no vale la pena de vivirla, y me voy de ella, haciendo uso del mismo derecho que el que la conserva con el más respetable de los egoísmos, creyendo que ella constituye la felicidad suprema...

Hablaba con acento cada vez más firme, casi sin mirarme, con la mirada perdida en el creciente tumulto callejero, como sugestionado por la enormidad del sofisma que brotaba dolorosamente de sus labios, sin que yo me atreviera a contradecirle.

Y al separarnos, como todas las tardes después de un apretón de manos, pude ver por un momento su silueta alta y un poco encorvada, avanzar entre la ola de gente que llenaba la acera luminosa, hasta que no lo vi más. Sólo entonces me percaté de que en toda nuestra conversación, ni una sola vez fué pronunciado el nombre de Margarita Vilareal.

Dos días después, los diarios, en una noticia fría y escueta, informaban del suicidio de Carlos Silver, encontrado en un banco de la Recoleta con el cráneo destrozado de un tiro.

TRANSCURRIERON dos años, durante los cuales hube de viajar por todo el sur de la república en misión comercial, y volví a Buenos Aires en plena primavera. Jamás me pareció tan hermosa mi ciudad, como después de veinticuatro meses de correrías por la triste región patagónica, inhospitalaria y enorme, experimentando un deseo imperioso de recorrer otra vez los bellos paseos llenos de sol y de luz, de los cuales volvía como renovado por el optimismo profundo de la naturaleza.

Fué en uno de mis interminables paseos por las avenidas arboladas de Palermo, en una hermosa mañana de octubre, que sentí pronunciar mi nombre por una voz femenina, a mi espalda. Me volví vivamente, y mis miradas tropezaron con las de Margarita Vilareal, que, sentada en uno de los bancos de la avenida, me miraba sonriente. A su lado, en el banco, un pequeño perro, de una blancura un poco agresiva, jugueteaba con una hermosa rosa roja, deshojándola con sus finos dientes.

Me acerqué, presa de una emoción inexplicable.

— ¡Ah, pícaro! — me dijo, mientras nuestras manos se estrechaban amistosamente. — ¡Dos años sin aparecer! ¿Quién ha tenido la culpa de esa deserción?

Le relaté entonces mi estada en el sur, lejos de la civilización, iniciándose de ese modo una conversación trivial, que no nos atrevíamos a ahondar ninguno de los dos. Empero, las frases fueron entrelazándose insensiblemente, y un momento después el nombre de Carlos fué pronunciado por mí como al descuido.

Los párpados de Margarita se movieron casi imperceptiblemente, y su semblante palideció levemente. Eso fué todo.

— La quiso a usted mucho — insinué en voz baja.

— Sí; pero... acaso equivocadamente — respondió con cierta firmeza en la voz, que me admiró.

— Es probable; pero lo cierto es que pagó su error... Todos erramos; lo difícil es poseer la suficiente honradez para redimir a los otros de nuestros errores... ¿No lo cree usted así?

Ella asintió con la cabeza. Después repuso:

— A mí me causó un gran disgusto. Como usted comprenderá, se habló de eso más de lo conveniente, y no siempre a mi favor... ¡Ah! Fué un gran disgusto... — Y sus dedos juguetearon un momento con la blanca pelambre del perrillo, que se estremeció voluptuosamente al contacto de aquella mano suave.

— Es verdad — respondí, sin saber lo que decía.

— Fué un gran error... Un error que no supimos ver ninguno de los dos y de cuyo resultado acaso no somos culpables... ¡Ah, si pudiéramos prever lo que vendrá tras de una de esas equivocaciones, no las cometeríamos jamás y seríamos eternamente felices! ¿No es verdad?

—LA QUISO A USTED MUCHO—INSINUÉ EN VOZ BAJA.

Yo no repliqué, asombrado, y ella prosiguió hablando largo rato, sin profundizar en el tema, con su charla fácil y vana, llena de exquisita y fina coquetería, haciendo graciosas fintas en torno de la intensa y dolorosa tragedia amorosa que había costado la vida a Carlos Silver.

Se produjo un silencio, y poco después, Margarita hizo una seña al "chauffeur", que se paseaba a unos cincuenta metros de nosotros.

Unos segundos después un automóvil reluciente y enorme se detenía frente a nosotros. El "chauffeur" abrió la portezuela, y Margarita se despidió de mí con una aristocrática y suave presión de su mano fina, y el automóvil partió ruidosamente, y por un instante aun pude ver su negra silueta, que brillaba a la luz del sol como un escarabajo enorme.

CUANDO el automóvil hubo desaparecido, yo permanecí aún de pie, contemplando la superficie lisa de la avenida bañada por la luz del sol; y por un segundo la imagen de Carlos Silver volvió a aparecérseme, con su aspecto bondadoso y triste, mientras sus palabras, tantas veces recordadas, volvían a mí, envueltas en el aire tibio de la mañana:

"...afrontar lo desconocido, ir hacia el más allá, desafiar el misterio tremendo que comienza cuando terminamos nosotros, ¿es también una cobardía...?

Y desde el cielo claro, desde las copas de los altos eucaliptos, junto a los gorjeos de los pájaros, y el rumor tenue del agua de la fuente cercana, alguien pareció murmurar, como un soplo a mi oído:

— No.

LA PAGINA DE LAS CURIOSIDADES

Ocho millones de mujeres están en la actualidad empleadas en los Estados Unidos, dedicadas a trabajos que antes les inspiraban repugnancia. Las hay albañiles, ebanistas, carpinteras, torneras y zapateras. Las profesiones intelectuales y académicas cuentan numeroso elemento femenino, abundando las abogadas, jueces, artistas, farmacéuticas, médicas, dentistas, arquitectas e ingenieras.

Entre las muchas cosas raras que le pasaron a sir Wálter Raleigh, se cuenta de un par de botas cuyo valor superá a todos los caprichosos cálculos de los zapateros. Pagó por ellas una suma equivalente a treinta mil dólares.

Según afirma un cirujano de fama, las mujeres son, por lo general, mejores estudiantes de medicina. Trabajan más y prestan mayor atención.

Una publicación norteamericana aconseja cualquiera de estos tres procedimientos para la destrucción de las hormigas: echar cal viva en la boca del hormiguero y derramar luego, agua hirviéndo. Arrojar agua hirviente con alcanfor o tabaco. Derramar borax en polvo en los sitios infectados por los dañinos animalitos.

Sabida es la afición de las razas salvajes a metales y cuentas brillantes para su adorno personal. En Uganda, por ejemplo, resulta imposible establecer telégrafos porque los negros cortan y roban el alambre de cobre para fabricarse brazaletes.

El famoso director de empresa cinematográfica, Griffith, prevee que en el año 2023, la industria editorial publicará films en vez de libros. Las bibliotecas de films cinematográficas serán tan difundidas como lo son hoy las bibliotecas particulares. El cine será más importante que el teatro y presentará las figuras en colores.

El 15 de enero de 1797, apareció por primera vez el sombrero de copa, llevado por un señor Heltherington, persona de buena familia, que causó gran espanto. Al día siguiente apareció en los diarios una noticia que decía: "John Heltherington ha sido acusado de haber turbado el orden público, pagó por ello una multa de quinientas libras. Apareció ayer en la vía pública llevando en la cabeza lo que él llama "un sombrero de seda", que es un aparato alto y reluciente. Seguramente tenía el propósito de infundir miedo a los transeúntes. Algunas mujeres sufrieron desmayo a su vista y los niños gritaban desesperadamente. Uno de ellos, arrollado por la multitud, sufrió la fractura del brazo derecho."

Un día entero fuera del agua pueden pasar los peces siluroides, sin morir. Estos animalitos ofrecen además la particularidad de gritar cuando se les quiere agarrar. Algunos emiten sonidos parecidos al tañer de la flauta, lo que les ha valido el nombre de peces cantantes.

El plumón con el cual se fabrican los cisnes para las polveras procede casi totalmente de Noruega, donde se crían palmípedos para este solo objeto. El plumón es la primera pluma de los pichones de cisnes. Anualmente se sacrifican en aquel país alrededor de cuarenta mil aves para quitarles el plumón.

El elefante está en disposición de trabajar desde los doce hasta los ochenta años de edad. Puede arrastrar pesos de quince toneladas, levantar media y cargar tres.

Una iglesia de Londres posee todavía una renta que le fué donada para comprar haces de leña destinados a la quema de herejes.

En las armas modernas se usan explosivos que producen gases, los cuales, una vez enfriados en la atmósfera de aire que rodea la boca del cañón, son casi invisibles para la retina humana; estas pólvoras son llamadas "sin humo". El estampido o cañonazo es producido por la misma causa y al mismo tiempo que el fogonazo.

Para obtener la apariencia de la madera antigua, los anticuarios fusilan los paneles a tiros de balines o postas, que imitan, poco más o menos, los agujeros que en los muebles viejos son consecuencia de los diminutos roedores, cuya labor de varios siglos es garantía auténtica de venerable ancianidad.

La arena de los desiertos africanos alcanza, por término medio, una profundidad de nueve a doce metros.

En la isla de Mani existe el mayor volcán extinguido. Llámase "Haleakala" y tiene 32 kilómetros de circunferencia, con un cono de 250 metros de altura. En la aurora y en el crepúsculo, este monstruo es de una gran belleza. Los exploradores prefieren, sin embargo, hacer la ascensión en plena noche, pues en el claro de luna pueden hacer observaciones astronómicas.

La mayor parte de las defunciones son producidas por afecciones cardíacas. Solamente en el año 1921 fueron víctimas de esas enfermedades, cincuenta y tres mil quinientas siete personas.

Para enseñar el alfabeto a los niños en las familias ricas de la Roma imperial se usaban bizcochos en forma de letras. Cuando las distinguían bien, se les permitía comerlas. Parece que el sistema daba resultado excelente.

La creadora de las muñecas Lenci es una señora italiana de este nombre, a quien se le debe la moda del cabello ondeado. La primera muñeca que hizo fué con fines exclusivamente domésticos, pues deseaba para sí una "poupée" y no podía adquirirla con el reducido sueldo de su marido que es aviador militar. La hizo de cabello ondeado y resultó tan graciosa que sus amigos fabricaron para la venta otras semejantes con ruidoso éxito.

Cuando muere algún hombre soltero en algunas provincias del sur de China, la familia cumple una curiosa tradición. Para que no lo pase mal en el otro mundo, lo casa con una mujer que haya fallecido antes en las mismas condiciones.

Los señores feudales en tiempos de Juana de Arco, estaban en continua guerra de pillaje entre sí, saqueaban las aldeas, devastaban los sembrados y robaban a los pobres campesinos. Tan frecuentes eran esas infames correrías, que apenas sonaba en una aldea la campana de alarma, el ganado por sí solo echaba a correr para refugiarse en las cacerías.

El problema de la longevidad ha sido estudiado de modo especial por el doctor Nattier. Para llegar a los límites de la edad que se consideran naturales, según su autorizada opinión, conservando la integridad relativa de las diversas facultades, son indispensables tres condiciones: flacura, sobriedad y actividad continua.

La hulla debe su nombre a un pobre herrero de Lieja, llamado Hullox. La tradición cuenta que en el año de 1190 hallábase el hombre en la miseria y no podía adquirir el carbón de leña que necesitaba para trabajar. Como era muy piadoso, vióse un día visitado por una aparición divina que le aconsejó echara al fuego trozos de piedras negras que en algunos puntos de una colina cercana aparecían a flor de tierra. Tal supone la leyenda el origen de la utilización de la hulla.

No es un secreto para nadie que dentro del ámbar se encuentran multitud de insectos. Lo que resulta curioso es comprobar que en un trozo grande y transparente hallado no hace mucho había en su interior una ardilla pequeña con la piel, las uñas y los dientes intactos.

En Corea los nobles no pagan impuesto de ninguna clase, ni están sujetos al servicio militar, y sus casas son un asilo inviolable para todo el que se refugia en ellas.

ENTREVISIONES

Por RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

DIBUJOS DE VÍCTOR MACAYA



LA MUERTE DE EVA

EN aquel primer momento la primera pareja no sabía lo que era la muerte, y no acababan de saber lo que podía ser.

Eva fué la primera muerta del mundo. Se quedó yerta, sin saber ni ella misma que se había muerto. Todos creyeron de buena fe que se había dormido, y no como hacen que lo creen los autores dramáticos de después, que han abusado del "Duerme... Duerme", dicho con la voz melosa de la mentira.

Pero durmió tanto de un tirón que ya se decidieron a intervenir y a remover a la durmiente:

—¡Eva! ¡Eva!

Eva dormía un sueño violáceo, sordo, en el que ya no había sueños ni esa iluminación particular de los sueños, ni tan siquiera esa lamparilla de engaño que se mantiene siempre encendida en el soñar.

Todos se acercaron a llamarla, y hasta intentó hacerla daño Adán con brusquedad desesperada. Por todos pasó la idea no de que se hubiese quedado en la muerte, sino en un sueño interminable.

Los llamadores de los brazos fueron sacudidos, desesperadamente, por los hijos.

—¡Madre! ¡Madre!

Esperaron. ¡Había tantas cosas que no habían comprendido en el primer momento!

Todos estaban como anubarrados por aquel sueño inaudito... ¡Si hubiera podido llamarse a uno de esos médicos que tan bien certifican la defunción! Pero no había médico que valiese.

Fué un velatorio largo, lleno de suspicacia, barruntando no sabían qué.

—¿Es que sería posible que no volviese en sí y que se encarroñase como aquel perro leal que murió el primero, o como aquellos animales — corderos y lobos — que vieron caídos y recomidos en las selvas? ¿Es que ellos, caídos del cielo, tendrían la misma suerte?

Todos miraban con ojos de espera la muerte absoluta de Eva, y sintieron cómo comenzó el hedor de la muerte y vieron apoderarse de su nariz el cáncer de la muerte, y, por fin, convencidos, la escondieron en una plazoleta del bosque, debajo de muchas ramas, pues de ningún modo se pudieron atrever a enterrar al primer muerto, los primeros asistentes al primer sepelio humano.

El enterrar es cosa de resignados, y hay tan espantosa crueldad e impasibilidad en echar mucha tierra sobre un difunto que sólo los ensañados hombres de después fueron capaces de eso.

EL NUEVO CINEMATÓGRAFO

LA invención del nuevo cinematógrafo tendrá por base el traspasar la inmovilidad del espectador, el conducirle hacia el campo de la verdad sin que tenga que vivir la verdad misma con los peligros del drama o de las peripecias. Será siempre espectador pero irá lanzado en los acontecimientos.

Puntualizaré este cinematógrafo del porvenir.

En esa película transportadora se producirá el sueño vidente de los espectadores y se les llevará por los vericuetos del verdadero paisaje y del verdadero argumento. Gracias a la gran fuerza eléctrica, radiográfica y quintadimensionista del nuevo aparato, los espectadores entrarán por el embudo caleolítico que substituirá a las sábanas blancas de la pantalla.

Los cuerpos dormidos de los espectadores quedarán en la sala, muy vigilados por los agentes de la autoridad.

Habrá tres entreactos para que se despejen las imaginaciones transportadas de los espectadores, que se frotarán los ojos como dormidos que despiertan y se mirarán unos a otros con la sorpresa de volverse a ver.

De nuevo la máquina de proyecciones reales devolverá el bulto de las cosas a los espíritus succionados por el cono proyector, requerirá al público y le remontará al sitio de las nuevas aventuras.

Al espectador de ese cinematógrafo porvenirista le quedará siempre el recuerdo mucho más vivo que el de los sueños y que el de las proyecciones representadas sobre la pantalla antigua.

EPÍLOGO

HE aquí descriptos dos hechos remotos: uno de lo pasado y otro de lo porvenir, gracias a la entrevisión.



LA SEMANA GRAFICA

ECOS DEL CARNAVAL EN ROSARIO Y LOMAS DE ZAMORA



ROSARIO.—Señoritas de Mazzini, Marcucci, Parody, Vatione, Mendoza, Barchi, Pecoraro y Ferulla, cuyo disfraz de "chicas gritonas" fué admirado en el corso de Saladillo



ROSARIO.—"Las chicas alegres", señoritas de Sambado, Berazotegui, Debenedetti y Brignardello, que constituyeron otro de los atractivos del corso



Participantes del concurso carnavalesco en el baile de disfraz organizado por el Centro Catalán en honor de sus asociados



Señoritas de Guerra, Sala, Carmendía, De Paolo, Bueno, González y Santana, caprichosamente ataviadas



LOMAS DE ZAMORA.—Uno de los más atrayentes palcos del corso local, ocupado por las señoritas de Corrao, Cavia y Alaucet



"Rey de los ases", automóvil que circuló en el corso con las señoritas de Castagnino, Ribolta, Armentano, Berger y Ponce

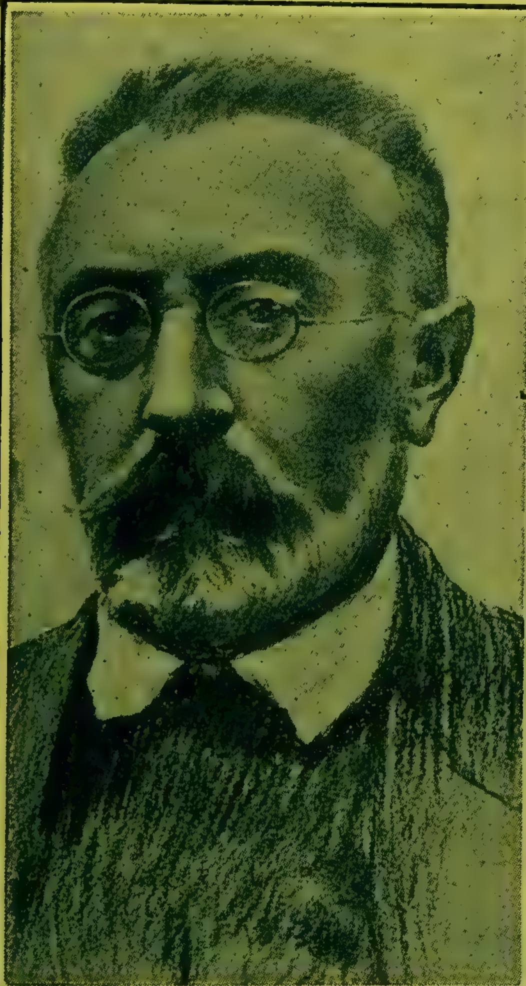
FOTO MARTÍN Y PARISIENNE

EL CONFINAMIENTO DEL CATEDRATICO ESPAÑOL DON MIGUEL DE UNAMUNO

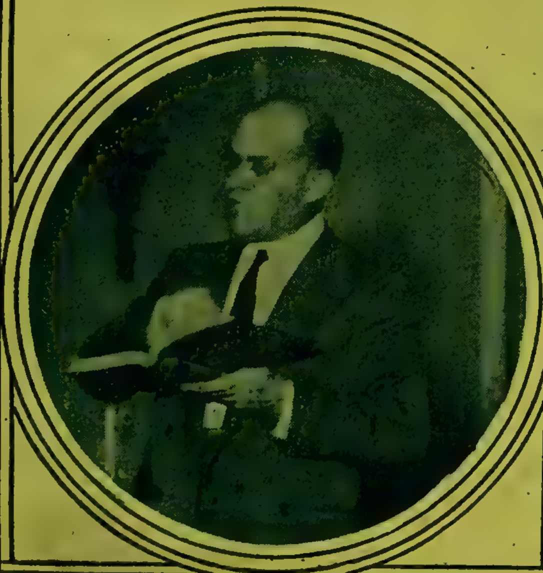





El decano de la Facultad de Filosofía y Letras, doctor Ricardo Rojas, que habló en el Salón Augusteo en el acto de protesta y solidaridad realizado recientemente con motivo del destierro del catedrático español



Don Miguel de Unamuno, ilustre escritor y catedrático español, la figura más descollante en los actuales momentos



El diputado doctor Enrique Dickmann, haciendo uso de la palabra



Parte del público que asistió al acto de adhesión organizado por la Federación Socialista de la Capital

FOTO SUÑE

EL CORSO REALIZADO EN LA AVENIDA DE MAYO



Un palco de la Avenida de Mayo, durante la celebración del corso, cuyo entusiasmo fué mayor que el de los años anteriores





Otros dos palcos, ocupados por grupos de bellas señoritas, caprichosamente ataviadas





Como puede verse en estas fotografías, el elemento femenino puso su nota más simpática en la lucida celebración de las carnestolendas

FOTOS LOUZÁN

EL BAILE DE DISFRAZ Y FANTASIA EN EL CLUB DE FLORES



Algunos de los concurrentes, en uno de los intervalos del baile



"Trifón y Sisebuta" y "Dorita y el conde Ranoff", caricaturas que atrajeron la atención por su originalidad



Señoritas, cuya presencia contribuyó a dar brillo a la reunión



Familias que participaron de la fiesta, descansando en los jardines del club



Vista general del salón durante la realización de uno de los bailes de disfraz y fantasía, organizados en honor de las familias de los asociados

FOTOS LOUZÁN

LOS BAILES DE CARNAVAL REALIZADOS POR LAS SOCIEDADES RECREATIVAS



En el Salón de la Argentina. Parte de los concurrentes al baile organizado por el Ocean Club



En la Lago di Como, durante la celebración del baile de fantasía



En el Salón Augusteo. Participantes del festival organizado por la Confederación de Círculos y Clubs Sociales



En la Casa Suiza, donde el Círculo Recreativo "Unión de Amigos" celebró su baile de carnaval

FOTOS LOUZÁN

LOS CORSOS DE BELGRANO Y FLORES



BELGRANO. — Palco ocupado por las señoritas de Rebolls, Saavedra, Morales, Denzzoquer y Arambeiro



Señoritas de Aubert y Larrieu, que ocuparon otro de los palcos





Otros de los palcos que atrajeron la atención en el corso realizado en Belgrano, ocupados por las señoritas de Rabuffetti y Terzolo, y Camilletti y Grill, respectivamente





FLORES. — Familias de Darré, Gelee, Egarrat, y Delgado Peral, que durante las fiestas del carnaval, ocuparon dos de los palcos





Señoritas de Monteverde, Carrera, Carbonell, Domínguez, Gómez Lastra, Zambriano, Voglino y Castro, que se lucieron, por sus originales trajes, en el corso de Flores

FOTOS LOUZÁN

CINEMATOGRAFIA

NOVEDADES DEL ULTIMO CORREO



La aplaudida y bella actriz del teatro mudo Mary Mac Laren, cuyos éxitos se repiten frecuentemente





Una de las interesantes escenas del "film" "El secreto del polichinela", en cuya interpretación descuellan muchas aplaudidas figuras de la cinematografía y en la que se hace un derroche de lujo y de buen gusto





Las "estrellas" también disfrutan de las delicias del veraneo: Lucy Doraine en la playa, haciendo montañitas de arena

NOTAS DIVERSAS DE VARIAS PARTES



PILAR. — Familias concurrentes al "picnic" celebrado por el doctor Smith, en su casa de campo de esta localidad



SAN LUIS. — Enlace De Luiggi-Arias: Los desposados, instantes después de realizada la ceremonia nupcial



SAN LUIS. — Boda Ordóñez-Paladini. Los novios, al ser bendecido el enlace



ESQUEL (Chubut) — Señorita Violeta Blanca Moré, que acaba de contraer enlace con el señor Luis Garzonio



El campeón italiano de box, durante uno de sus frugales almuerzos, después de sus ejercicios de entrenamiento



Herminio Spalla, en una de sus guardias favoritas

FOT. MARTINELLI, LA VÍA Y SUÑÉ

VAMOS A VER...

ENTRE MADRE E HIJO

—Te advierto, Luisito, que siempre que te pego, me duele tanto como a ti.

—Sí; pero no en el mismo sitio.



EN LA TIENDA

¿Pero sólo pasan ustedes las piezas blancas?

—No, señor; ahí viene Idiótez, pasando las negras.

LOS NOVIOS QUE VIAJAN

—¿Han visto ustedes todo lo interesante que tiene nuestra ciudad?

—¡Ya lo creo...! Hemos estado en cincuenta y cuatro cinematógrafos.

ENTRE ENAMORADOS

—¡Ay, Silí mía! ¿Ves cuánto te quiero ahora? Pues dentro de unos años... ¡no te podré ver!

—¿Por qué, ñatito mío?

—Porque cada vez veo menos.

ENTRE BEBEDORES

—Este paisaje de otoño no es muy de mi gusto. Los árboles así desnudos, ¡resultan tan tristes!...

—Verdaderamente. Yo creo que para alegrarlos, no vendrían mal unas copas.

ENTRE AMIGAS

—¿Sabéis que a Lolita se le ha declarado...?

—¡Por fin!... ¿Quién?

—Nadie, hijitas, que se le ha declarado el sarampión hace tres días.



EN EL TALLER

—Convendría que estuviera usted sonriente.

—Pero, maestro, ¿cómo voy a sonreír si todavía no me ha dicho usted una vez siquiera que soy bonita?

EN LA CALLE

Un pajuerano parado en una esquina, desde hace mucho rato, pregunta a una señora:

—¿Quiere usted decirme si hay algún otro camino para ir a Retiro? El agente de policía me ha dicho: "Tranvía 87"; pero llevo aquí una hora y sólo he contado doce.

PARECIDO

—¿En qué se parece un cocido muy abundante, con principio, a unos alicates?

—¡...!

—En que sirven *p'alambre* fuerte...

SUCEDIDO

—Unos pescadores que tiraban la red desde la playa, sintieron un gran peso, y, creyendo que podía ser el cadáver de un ahogado, enviaron la noticia al comisario.

Cuando salió la red, se encontraron con la cabeza de un jumento, y exclamó uno de los pescadores:

—Que vaya uno a la comisaría y le diga al comisario que es un burro.

EN EL TALLER

Al ver un cuadro que representa un mar embravecido pregunto al pintor:

—¿Qué representa este cuadro?

—¿No lo ves? El paso del Mar Rojo.

—¿Donde están los hebreos?

—Los hebreos han pasado ya.

—¿Y los egipcios?

—Esos no han llegado a pasar todavía.



ES IGUAL

—Con esa caja no puedes subir por esta escalera, niña.

—¡Anda! Bueno; la dejo aquí y digo a la señora que baje a probarse.

ACERTIJOS RAROS

—¿Cuál es la prenda del uniforme militar que termina en able y no es impermeable?

—Hombre, el sable.

—¿El sable dice usted?

—Sí, señor.

—Pero fíjese que en lo que termina el sable es en punta.

EN EL CAMPO DEL HONOR

—¡Valor, amigo mío! Las condiciones son iguales...

—No lo crea usted. Yo tengo mucho más miedo que mi adversario.

EN LA BOLETERÍA DEL TEATRO

—Déme una delantera de anfiteatro.

—No hay más que plateas y paseos.

—¿A cuánto es la platea?

—A siete pesos.

—Es muy cara.

—¡Pues, entonces, vaya usted a paseo!

EN EL TRIBUNAL

—¿Para qué trae usted esa pistola? —pregunta el presidente al acusado.

—Porque todo el mundo me ha aconsejado que viniera provisto de grandes medios de defensa...

SECCIÓN DE MÚSICA

—Pero, ¿no sabes todavía la diferencia entre el tono mayor y el menor?

—Sí; el menor suena peor que el mayor.

EN MAR DEL PLATA

—Pero, ¿ya habéis reñido Toto y tú?
—Sí; si resultaba que ya habíamos sido novios el verano pasado...

SUEÑOS PERNICIOSOS

Dice una madre a un hijo:
—¡Pero, Arturo, por Dios! ¿Qué has hecho para agarrar ese resfrío tan atroz?
—Nada, mamá. Como no sea que anoche soñé que era gato y estuve tres horas en el tejado...



CRUELDAD

—Eres incorregible y cruel. Sabes que el médico te ha recomendado especialmente que no me des disgustos, y vienes ahora a darme esa repugnante medicina.

ACERTIJO FÁCIL

—¿Cuál es la hembra que va siempre encima del macho?
—Pues la suela; porque todos la llevan en los pies y andan por encima del suelo.

VAGANCIA

En el café se encuentran dos niños bien acomodados perezosamente. Uno de ellos bosteza y el otro le dice:
—Oye, tú, que tienes la boca abierta, llama al mozo.

ORGULLO PROFESIONAL

El comisario. — Se le acusa a usted de haber robado una cartera.
El detenido (orgullosamente). — Señor comisario. Yo he asaltado un Banco, "liquidando" a cinco serenos; he asesinado a tres mujeres, a un oficial de telégrafos y a un capitán del ejército, y no puedo tolerar que se me confunda con un simple carterista.

ELOGIO

—¿Has leído mis poesías? ¿Te han gustado?
—Mucho, hombre, mucho. Hay algo en ellas que recuerda a los grandes maestros.
—¿De veras?
—Sí; los signos ortográficos.

EN EL "RESTAURANT"

—Señor, ¿qué le ha parecido hoy la costilla?
—Demasiado pequeña para su edad.

COSAS DE ESTUDIANTES

La escena suele repetirse, ¡ay!, con mucha más frecuencia de lo que fuera de desear.
La historia es algo que suele no parecerle muy divertido a la juventud.
Bueno: estamos presenciando un examen. El catedrático, viendo que el examinando no ha podido dar pie con bola en el desarrollo de las bolillas que le tocaron en suerte, empieza a hacerle otras preguntas, con el caritativo ánimo de salvarle.
—Hábleme de la batalla de Lepanto.
—Este... Pues, amaneció aquel día, apareció el Sol y lucharon ambos contrincantes.
Lleno de paciencia dice el catedrático:
—Veo que no sabe usted nada de eso. A ver si me puede decir algo de la batalla de Waterloo.
—Este... Pues, amaneció aquel día, apareció el Sol y lucharon ambos contrincantes.
Enfurecido el catedrático amenaza:
—Le aplazo ahora mismo, si no me relata la batalla de Covadonga.
El alumno.—Este... Pues amaneció aquel día...
El catedrático (atajándole) ...apareció el Sol...
—No; perdone usted; pero aquel día estaba nublado.

AL SALIR DEL TEATRO

—¿Qué tal me resultó el concierto? — pregunta el ejecutante.
—¡Lo que me suponía! — le contesta su esposa. — El público se durmió en el *nocturno*.

PARECIDO

—¿En qué se parece el gramófono a una estación de primera?
—En que tiene agujas y discos.

COSA EXTRAORDINARIA

—¡Mira, Catalina, me fuí a retratar!
—¡Caramba! ¡Qué requetebién saliste!...
—¡Y eso que es la primera vez que lo hago!

DISTRACCIÓN PROFESIONAL

Un médico muy distraído va a visitar a uno de sus clientes, que padecía del pecho. Al subir la escalera pregunta al criado:
—¿Cómo está el señor?
—Se lo han llevado a la Chacarita.
—¡A las sierras de Córdoba, a las sierras de Córdoba es adonde le conviene ir!

EN UN GRAN HOTEL

—Dígame, ¿a qué precio tienen ustedes habitaciones?
—En el primer piso a cincuenta pesos; en el segundo a cuarenta, en el tercero a treinta y en el cuarto a veinte.
—¡Caramba! Lo lamento; veo que no tienen ustedes un piso bastante alto para mí.

INCERTIDUMBRE

—¡Hermoso reloj llevas!
—Sí, lo tengo desde hace unos días.
—¿Vale mucho?
—En realidad, no lo sé con certeza. Cuando lo "compré" no había nadie en la relojería.



CAMBIO DE RUTA

—Mi marido siempre fué así: muy terco y excesivamente bruto, se empeñó en salir para el norte en motocicleta, y ¡ya lo ve usted! ¡Ha venido a parar al oeste!...

LA SOLEDAD DE ROSALIA

POR **ARTURO VAZQUEZ CEY**

NORBERTO ha recorrido todos los patios de la escuela. Ya no queda un alumno. El piano donde, hace minutos, una mano tecleaba nerviosamente también calló. Sólo se oye, a intermitencias, el agua del surtidor cuyos cinco hilos se pulverizan sordamente entre rocas artificiales y helechos vivos. Norberto se ha acercado al surtidor. Por un momento contempló la límpida curva de los cinco hilos. Detuvo los ojos en los pececillos de colores que esmaltaban vívidamente el agua negra del tazón, en cuyo borde marmóreo dos tritones yerguen la frente chata. Quedó absorto en el patinillo. Luego, miró hacia el cielo azul casi nocturno y, como contando los pasos, se dirigió hacia la escalera que conducía a sus habitaciones en el piso alto.

Hace segundos, de allí llamárale la dulce voz filial: ¡Ven, papá, ven!, pero él parecía gozarse en la sepulcral tristeza de los patios solitarios.

Por hábito, miraba de pasada hacia las aulas, abría las puertas una y otra vez, para observar si los mapas se hallaban en orden, si los pizarrones estaban limpios de tiza. Permaneció algunos minutos en el gabinete de Psicología, lleno de brillos de cobre en la penumbra crepuscular. Sintió un estremecimiento al advertirse vestido de luto en ese ambiente borroso. Pensó que su hija Rosalía lo esperaba en la sala de trabajo, sin duda manejando el compás sobre esponjosa cartulina, a la luz circular de la lámpara. El frío del crepúsculo de otoño le hizo contraer los puños y bajar los párpados con agria delicia.

Hacía cinco meses que Norberto, director de la Escuela Normal Mixta X..., enviudara. En ese momento recordaba como, con su esposa, solía, ya terminadas las clases, recorrer los patios de la escuela...

NORBERTO ha entrado en la sala de trabajo. Rosalía, su rubia hija, con la destreza propia de una estudiante de segundo año de arquitectura, va cubriendo de imágenes geométricas una cartulina apaisada. Dirige los ojos hacia él. Se le ha echado al cuello. Ahora vuelve a su tarea. Sus cabellos a la luz de la lámpara eléctrica parecen una llamarada. A través de los cristales de la ventana se ve la inmensa mancha obscura de la ciudad. En el cielo amoratado ya brilla alguna estrella. Norberto se ha tendido en un diván y contempla el horizonte.

Los ojos juveniles, las activas manos sonrosadas padecen una inquietud que Norberto no descubre. Él ha dejado caer la canosa cabeza sobre el almohadón y, cerrados los grandes ojos obscuros, sueña en días que no volverán. Rosalía sonríe. Se acerca otra vez al padre y vuelve a besarlo:

—¡Que le diga a su dibujante cuándo terminará de escribir su tratado de dibujo lineal! ¡Que el buen papá le hable un poco!

Norberto abre los ojos. Se esfuerza por romper su ensimismamiento. Violentamente sonríe.

Rosalía ha visto una lágrima en esas pestañas. La taciturnidad del padre la vuelve al compás y a la cartulina, infinitamente sola. Así van corridos todos los días desde que la madre murió. Siente como si en torno el espacio se ahondara en lejanías de hielo. Calla. Recuerda los dos meses seguidos que el padre pasó, casi exclusivamente, en esa sala de trabajo, recordando a la dulce muerta y huyendo en su hosquedad hasta de la hija. Descubre que, dolorosamente, la común desventura al herir dos almas diversas las separa. ¿No padece acaso ella tanto como su padre por la muerte de la madre adorada? Sin embargo, a diferencia de Norberto, oculta su angustia, transa con la vulgaridad cuotidiana y todavía puede tender al padre vacilante brazos de amparo, aliviadoras sonrisas...

La masa informe de la ciudad comienza a despuntearse de blancas luces de lámparas de arco voltaico. En la habitación tibia es suave la impresión de que afuera hace frío. Rosalía observa con el rabillo del ojo a su padre.

Norberto se ha incorporado bruscamente. Recuerda que no respondió a la zalamera pregunta de su hija. Lacónicamente le dice que espera poder entregar los originales de su obra dentro de un mes al editor.

Se golpea la frente, siguiendo el vuelo de quién sabe qué idea.

Rosalía celebra la feliz promesa. Norberto ya le ha vuelto las espaldas y se ha dado a hojear el diario de la esposa. En el brillo de los ojos se le advierte ajeno a todo lo circunstante, ensimismado en el ardiente ayer. De pronto, cierra el cuaderno. Su ancha mano blanca acaricia los libros de su biblioteca de matemático. Rosalía ha fruncido los labios. El compás tiembla en la mano sonrosada.

—¡Rosalía! ¡Rosalía!

El fino rostro ha empalidecido. Norberto extrajo de la estantería un volumen cuyo lomo rojizo asomaba de la hilera, y hojeándolo rápidamente retiró de él una página manuscrita. La muerta acostumbraba dejar papeles en los libros. Por eso, Norberto se daba con fruición supersticiosa a recorrer los volúmenes, esperando algún dichoso hallazgo. Tremola el billete en alto. Lee gozosamente los renglones de apretada caligrafía. Rosalía ha acudido, y echando el brazo por encima del hombro de su padre se dispone a oír.

—¿Sabes lo que dice la santa, Rosalía? ¿Sabes?

Él lee: "Es una tarde de primavera. Pienso que pronto he de morir. Tú eres muy taciturno, Norberto. ¿Quién velará entonces por Rosalía?"

Los ojos de la hija parecen de vidrio opaco. El padre ha tomado entre las manos la frente de Rosalía y la besa con un largo beso mudo.



SE GOLPEA LA FRENTE, SIGUIENDO EL VUELO DE QUIÉN SABE QUÉ IDEA

Con mano temblorosa coloca entre las páginas del diario el billete manuscrito.

ES medianoche. Hace minutos que Rosalía dejó el tiralíneas y el compás. Durante la velada Norberto la miró y besó muchas veces. Prometióle también un paseo para un próximo día. ¡Le sonrió continuamente con mirada de profundo arrepentimiento! Ahora Rosalía se va a acostar. Desde el fondo de su alma pide a Dios le perdone la culpa de haber imitado la letra de su madre, a fin de aliviar su corazón herido de soledad.

EVOCACION GALANTE

POR CARLOS PARRA DEL RIEGO

GENERALMENTE, la historia es la cosa más aburrida y sosa. Debería agregar que es falsa por todo extremo. Desfigura lo que es y lo que no es, con un criterio seudo-artístico lamentable.

En el Perú, Miquita Villegas, "La Pericholi", comiquilla de tres al cuarto, ha llegado hasta nosotros con el aroma venusto de un prestigio cortesanesco: todo porque fué amante del valetudinario virrey don Manuel de Amat y Juniet, que si fué gallardo en el amor, aquello fué cuando su excelencia contaba treinta años menos.

Aunque no pecamos de condescendientes, no pasaremos por alto las muchas y muy pintorescas circunstancias que influyeron en la vida de Miquita. Pero antes es menester darle al lector, siquiera sea una idea vaga, de lo que era la vida limeña de antaño. Títulos de Castilla, arzobispos, frailes y oidores; toros, juegos de caña y sortija; quema de herejes; tertulias pedantesco-literarias; damas de saya y manto y chapín menudo; semiobscuras fenestras propicias al lance furtivo; desfile de calesas en la Avenida de los Descalzos; lecturas a hurtadillas de la enciclopedia; comentarios sobre el último galeón llegado de España: he ahí la vida de Lima en el siglo diez y ocho.



QUIZÁ TENGA RAZÓN

Ella. — Tú y yo jamás estamos de acuerdo... Yo no sé qué ocurrirá el día que lo estemos.

El. — Pues, ocurrirá que yo estaré equivocado.

Ricardo Palma ha contado, con la donosura que le es peculiar, cosas admirables y deliciosas sobre la Lima virreinal. Pero volvamos a Miquita, que la tenemos un poco olvidada. Miquita nació en la ciudad de León de los Caballeros, que hoy vulgarísimamente se llama Huánuco. Vino a Lima seducida por el halago de mayores ganancias en el teatro — del que fué intérprete poco afortunada, — y sobre todo con el deseo de llevarse de calles a tanto galancete que presumía grandeza. No se equivocó en sus propósitos. A poco de llegar, el catalán Amat, "experto catador de damas", según decía de él monseñor el vicario de la Catedral, le echó el ojo encima. Y no se crea por esto que Miquita, como mujer, era para volverle el seso a cualquiera. Genuinamente criolla, de cara redonda, boca menuda, ojos negros y sensuales, lo único verdaderamente encantador en ella era su gracia, su picardía, lo que entre los limeños se llama "lisura". En las redes de Miquita cayó Amat como un percebe. Y todo en el Perú quedó subordinado al capricho de la cortesana. Porque el virrey, antes que a los oidores y demás personas de seso y golilla, consultábale a su amada, en la intimidad de la alcoba, los más sesudos problemas de gobierno.

Naturalmente, comenzaron las locuras virreinales. El de Amat, que había vivido en la corte más florida de Europa, y que de ella tenía el sentido de lo grandioso y de lo ultraelegante, dióle a su querida cuanto una favorita regia puede desear. Casona en Lima, quinta de recreo en las afueras de la ciudad, calesa tirada por ocho mulas — lujo permitido únicamente a la grandeza de España aposentada en Lima, — herretes de diamantes, ajorcas de perlas, deliciosos peines de concha, mitones bordados primorosamente; todo lo tuvo, y en abundancia, Miquita. Pero no olvidemos que "La Pericholi" era mujer, y que, como tal, tenía caprichos y veleidades mujeriles. Además, un esclavillo negro, suerte de Zamora para esta nueva Dubarry, era algo más que un fiel servidor al lado de su ama. Sin embargo, el virrey se conformaba con todo, o, en último caso no daba oídos a la chismografía ciudadana. Miquita asistía al teatro, deslumbrando a las marquesas criollas, se hacía arrastrar en espléndida carroza, rezaba la misa más aristocrática de la ciudad, y por último dió el gran campanazo que me mueve a escribir esta croniquilla al vuelo.

Ello fué que, volviendo Miquita de pasear, encontróse con el viático, que lo portaba un humilde sacerdote. "La Pericholi", con un gesto tan lindo como dramático, abandonó inmediatamente su carroza, y postrándose, devota, ante el cura, le rogó que usara su carruaje para llevar la forma sagrada.

Yo recuerdo, siendo aun muy pequeño, haber visto arrumbada en el patio de una casona de Lima la calesa que sirvió a "La Pericholi" para su lindo gesto. La verdad es que no puedo asegurar si ella fué efectivamente de Miquita; pero juro a ustedes que en mi imaginación infantil la vieja carroza y el recuerdo de la cortesana adquirieron un prestigio que ya los años y la vida se han encargado de borrar...

PENSAMIENTOS

Para digerir el saber es menester haberlo comido con apetito. — *Anatole France.*

Si el hombre se equivoca casi siempre con respecto a la mujer, es porque olvida que ella y él no hablan el mismo idioma y que las palabras no tienen para ambos el mismo peso y el mismo significado, sobre todo en cuestiones de sentimiento. — *Amiel.*

Lo mismo vale decir hombre ocioso que mal ciudadano.—*Eurípides.*



Mujeres que exhalan el perfume de las flores...

Para ir creando a su paso un perfume que denote distinción y buen gusto, es necesario usar la Crema Feminol, que produce un suavísimo aroma, y no uno ordinario.

Un cutis de azucena, de nacarina blancura, perlina transparencia y deliciosamente perfumado, se obtiene indiscutiblemente con el uso diario de la Crema Feminol. Diariamente se observan mujeres que ostentan un cutis perfecto y atrayente, dejando a su paso un ambiente perfumado de deliciosa frescura; esto es el patrimonio exclusivo de la renombrada Crema Feminol. La Crema Feminol permite la libre respiración del cutis. Empieza por purificarlo, embelleciéndolo gradualmente, devolviéndole su frescura juvenil.

La Crema Feminol es el producto de muchos años de observaciones hechas pacientemente antes de descubrir su fórmula, pues hubiera sido una quimera pretender lanzar al público esta maravillosa Crema sin garantizar sus benéficos resultados. Pídase Crema y Polvos Feminol, en todas partes.

A pesar de su pequeñez los insectos realizan labores que resultan a primera vista imposibles. Una de las especies, la llamada "sirex jovencus", produce unas larvas que llegan a horadar el plomo.

NO HAY TAL PROBLEMA DE LA MONEDA

SIN perjuicio del respeto que nos merezcan las opiniones favorables a la reapertura de la Caja de Conversión y la conexa libre exportación de oro, debemos insistir en que en la República Argentina no existe ese problema de la moneda que pretenden algunos.

La moneda argentina no es moneda sana, y hay que sanearla, dicen. Es algo parecido a lo de llamar moneda falsa a las letras provinciales de tesorería. No hay de por medio ninguna falsificación. Si las letras provinciales pueden y deben suprimirse, es porque las provincias no tienen derecho de crear moneda, ni de oro ni de papel, aunque su papel fuese el mejor garantizado o sus monedas de oro las más nobles del mundo.

El billete argentino es inconvertible, añaden. ¿Por qué? Porque está clausurada la Caja de Conversión. Pero hasta la fecha sólo se había llamado inconvertibles a los billetes realmente inconvertibles, es decir, al papel moneda (emisiones sin garantía metálica) y a las emisiones fiduciarias que habían quedado con poca o ninguna garantía, como el papel argentino de la época del 90.

Si la Caja de Conversión está clausurada, es precisamente porque el billete argentino es muy convertible y para impedir los efectos de su convertibilidad, que sería la exportación de oro. Y es un contrasentido pedir la reapertura de la Caja de Conversión como remedio de la pretendida inconvertibilidad del billete argentino. Si ese es el remedio, la enfermedad no existe, porque si para cambiar el billete argentino basta la apertura de la Caja de Conversión, no puede darse prueba más brillante de su convertibilidad. Decir que el billete argentino es inconvertible, es lo mismo que decir que siempre fué inconvertible a las doce de la noche, porque a esa hora nunca está abierta la Caja de Conversión.

Decir que la moneda argentina no es sana, y está depreciada o envilecida, porque el cambio internacional nos es desfavorable, es incurrir en una herejía económica. Si las exportaciones de un país cubren con exceso sus pagos al extranjero, el cambio internacional le será favorable, aunque su moneda no sea sana, porque el cambio internacional estará siempre por encima del valor real de la moneda, por mucho que pueda estar por debajo de su valor nominal. Y a la inversa, si las exportaciones de un país no alcanzan a cubrir sus pagos al extranjero, el cambio internacional le será desfavorable, aunque en ese país no circule más que el oro; sólo que este caso no podría darse en la práctica sino por un momento (y no nos referimos a la baja del cambio, sino a la circulación del oro), porque ese país se vería en la necesidad de emitir papel, fuese para impedir la emigración del oro, retirándolo de la circulación, fuese para reemplazar la moneda metálica exportada para cubrir el déficit de las exportaciones.

En cuanto a la relación de esta cuestión de la moneda argentina con el pago de los salarios, caben observaciones muy importantes. Hoy se pide el pago de los salarios en billetes convertibles a razón de 44 centavos oro por peso. Los mismos que hoy piden esto pedían poco ha el pago de los salarios en billetes convertibles "o en oro". Admitamos que en el fondo sea lo mismo, pero hay una diferencia de forma favorable al concepto del billete argentino. Se considera ocioso añadir: en oro; señal de que el billete argentino, al menos cuando la Caja de Conversión está abierta, es, como el billete norteamericano, y aun mejor que él, lo mismo que el oro. Lo único que piden, pues, realmente, como por lo demás lo piden, en efecto, por otro lado, es la reapertura de la Caja de Conversión y la libre exportación de oro. Pero los mismos que hoy piden esto, pedían antes, cuando la Caja de Conversión estaba abierta, y el cambio argentino a la par, y a veces hasta con premio, el pago del salario a oro. ¡Y también porque la moneda argentina no era sana!

Todo el mundo es favorable en principio a la apertura de la Caja de Conversión y la libre exportación de oro, porque eso es el régimen normal. Lo único que se discute es la oportunidad de hacerlo, oportunidad que estaría muy próxima si el comercio exterior argentino continuase mejorando, como ha mejorado a juzgar por el repunte del cambio argentino en enero y febrero.

Pero nadie puede estar de acuerdo con el injusto desprestigio de la moneda argentina por los mismos argentinos.

LA "PAJUERANA" EN EL TEATRO
— ¡Hum! Me gusta más el cine... En él siquiera le escriben en un cartel lo que pasa.

ALIVIO INMEDIATO DE LA INDIGESTION

Tomando media cucharadita de las de café de Magnesia Bisurada en un poco de agua después de las comidas o cuando un dolor estomacal se deja sentir, podéis evitar una indigestión. Sólo el hecho de que miles de personas tomen de ella cada semana debe bastar para probar que nada iguala la Magnesia Bisurada, la cual desde hace tantos años ha establecido la fama de sus cualidades efectivas para combatir y para prevenir la indigestión, la gastritis, la acidez, la dispepsia y otros desarreglos del estómago. Id hoy mismo a la farmacia y procuraos un frasco de Magnesia Bisurada. Insistid para obtener la verdadera Magnesia Bisurada, la que está garantizada para aliviar vuestros sufrimientos estomacales en algunos minutos; y, si no, el precio de vuestra compra os será reembolsado.

No es necesario

desesperarse, correr, gritar sin atinar con lo que debe hacerse en un caso de quemaduras. Teniendo a mano una Bujía de "Ambrine", del Dr. Bartehe, de Sandfort, no hay más que prenderla (como si fuese una vela común de estearina), dejando caer las gotas de "Ambrine" derretida sobre la quemadura, y el dolor desaparece de inmediato. Pero lo más extraordinario de este maravilloso descubrimiento francés es que no solamente calma el dolor, sino que reconstituye la piel, sin dejar señal alguna de cicatriz. Millones de soldados curados durante la guerra lo atestiguan. La Bujía de "Ambrine" debe tenerse en todos los hogares. La más elemental medida de precaución lo aconseja. Además, por su untuosidad y propiedades calmantes, cicatriza las llagas más rebeldes, úlceras varicosas, eczemas, etc.

La "Ambrine" se vende en todas las farmacias, en Bujías chicas y en Bujías grandes (triples, equivalentes a 5 chicas), y en Tabletas chicas y grandes, que se derriten al bañomaría, para los casos de gravedad.

LAS SALANGANAS

Las salanganas son unas golondrinas del Oriente, llamadas también golondrinas de mar. Sus nidos son muy estimados por los chinos, que hacen con ellos potajes especiales que figuran en los banquetes de la aristocracia. Algunos naturalistas dicen que esos nidos están hechos de plantas marinas y de una materia viscosa que sale del estómago de la golondrina; otros aseguran que están compuestos sencillamente de huevos de peces.

BUENOS AIRES ES EL PARAISO DE LOS TENEBROSOS

Buenos Aires es la ciudad donde tal vez se registran más crímenes entre tenebrosos, y quizá la única donde estos individuos suelen librar combates a tiros entre "barras" antagónicas. En sólo lo que va de este año — ¡y apenas empezamos!—no sabemos ya cuántas veces los tenebrosos han dado su contribución a la nota roja.

Las ordenanzas municipales sobre moralidad pública, que por lo demás serán buenas o malas, según el criterio con que se encare la materia, han procurado crear condiciones poco favorables a los tenebrosos. Pero hay que reconocer que ninguna ordenanza municipal podrá ser bastante eficaz contra ellos. El único remedio, ya que hay leyes para combatirlos, es la acción policial directa. Los sangrientos escándalos de los tenebrosos en plena vía pública, son prueba elocuente de lo poco que ella se deja sentir.

Comentando en números pasados uno de esos escándalos hacíamos notar dos cosas. Los tenebrosos andan hasta sin prontuariar, y es tan poca la confianza que sus víctimas tienen en la protección de la autoridad, que una mujer arrancó con los dientes, y se lo tragó, el monograma de un pañuelo que pertenecía al individuo que la explotaba, para que ese indicio no fuera útil a la policía.

No hace muchos días un tenebroso asesinó en la calle Rivadavia, plaza del Once, a un empleado de policía. Nos abstenemos de comentar ciertas versiones desfavorables a la víctima, pues aparte de que ignoramos cuál es su exactitud, ello no modificaría la cuestión. El hecho es que los tenebrosos dan a cada rato ruidosa prueba de su existencia, desenfundando el revólver en cualquier parte de la ciudad.

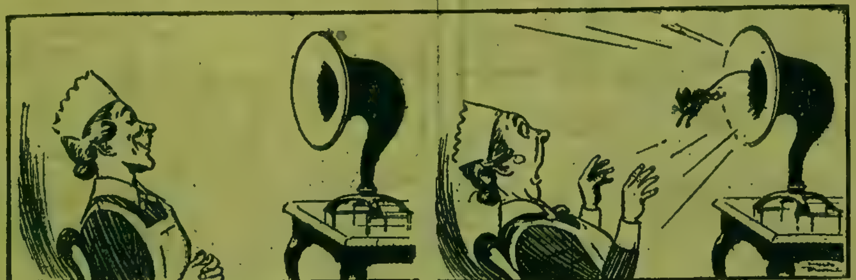
El tenebroso del suceso de la calle Rivadavia, había sido tomado preso en noviembre último, acusado del delito de corrupción de una mujer, pero pronto había recuperado su libertad. Hace seis años raptó a otra mujer que entonces sólo tenía 17, quitándosela a sus padres, y la obligó a hacer una vida infame. Fué entonces cuando se inició en una carrera que ahora ha terminado en un homicidio. Si aquella vez hubiera sido debidamente castigado, y si al reincidir, caso de que lo hiciese, lo hubiera vuelto a ser, seguramente la sociedad se hubiera visto libre de su funesta actividad. Pero la impunidad no podía menos de alentarle a persistir, como sin duda fué el espectáculo de la impunidad ajena lo que le alentó a iniciarse.

Hay individuos incorregibles. Pero los incorregibles que están presos no hacen daño, que es lo que importa. No se trata aquí de corregir a los incorregibles, sino de defender contra ellos a la sociedad. Si el tenebroso de que nos ocupamos hubiese cumplido las penas que merecía, no hubiera tenido tiempo de cometer nuevas hazañas, ni ocasión de llegar a la que ha llegado.

Pero la policía de Buenos Aires, tan ruidosa y tan teatral cuando efectúa batidas y capturas, es la menos hábil del mundo en acumular pruebas contra los delincuentes, y la mayor parte de las veces los entrega absueltos de antemano a la justicia.

Los raptos de menores que luego tienen un triste fin, son en Buenos Aires cosa de todos los días, y cuando no se trata de raptos, se trata de corrupción por hombres o mujeres. La policía no se ocupa de eso. Piensa, como si a ella le tocase hacer estas reflexiones, que la culpa es de las mismas menores. Si en lugar de eso se ocupase en buscarlas, tendría al mismo tiempo ocasión de entregar a la justicia a un corruptor o a una corruptora de menores. Cuando una menor es raptada de su casa, o se establece, como uno descubierto no ha mucho en Balvanera Sud, y de lo cual también nos hemos ocupado, un antro de corrupción de menores, la policía no puede menos de saberlo, puesto que hay en la esquina un agente de facción, y aunque no medie denuncia de los padres, debe proceder de oficio. Pero la policía cree que ese asunto no interesa a la sociedad, sino a los particulares individualmente afectados, y se cruza tranquilamente de brazos. Podríamos añadir que en muchos casos los empleados policiales, en lugar de interesarse en el reintegro de la menor raptada a su domicilio, sólo procuran tener participación en el festín.

La policía de Buenos Aires está muy lejos del cumplimiento de su deber en la persecución de los tenebrosos. El resultado, ora por la libertad de acción de esos individuos, ora por sus sangrientos y ruidosos escándalos, es un baldón para la ciudad.



CUANDO EL GATO ESTA AUSENTE, LOS RATONES BAILAN

— Ahora que la patrona está de paseo, voy a recrearme un poco con este aparatito.

LA LLUVIA GENERAL

POR

HJALMAR SÖDERBERG

DIBUJO DE VÍCTOR MACAYA

Ha vuelto el otoño y con él los días sombríos. El sol se oculta tras las nubes para que nadie vea qué pálido y envejecido se ha puesto; pero, mientras el viento entra silbando por las rendijas de las ventanas y la lluvia azota el techo, voy a contaros un cuento. Prestad atención:

El buen Dios se indignó una vez tanto por la maldad de los hombres que resolvió castigarlos haciéndolos más malos. De buena gana habría deseado hundir a toda la humanidad bajo un nuevo diluvio, pero desgraciadamente había prometido a Noé, en un momento sentimental, no volver a enviar un diluvio a la Tierra.

— Escucha, amigo — dijo cierto día al Diablo: — tú no eres ningún santificador, pero a veces tienes buenas ideas y se puede razonar contigo. Los hombres son malos y no quieren enmendarse. Ya se me ha acabado la paciencia y he decidido castigarlos haciéndolos peores. Espero así poder acabar con todos ellos, y se me ocurre que por lo tanto nuestros intereses, tan separados, hallen quizá un punto de contacto. ¿Qué consejo tienes para darme?

El Diablo se mordió meditabundo la punta de la cola.

— Señor — contestó al fin, — tu sabiduría es tan grande como tu bondad. La estadística demuestra que la mayor parte de los crímenes se cometen en otoño, cuando los días son más lóbregos, cuando el cielo está encapotado y la Tierra yace envuelta en lluvia y niebla.

Dios caviló largo rato sobre esas palabras, y después dijo:

— Comprendo. Tu consejo es bueno y lo tendré en cuenta. Tienes buenos dones, amigo; pero deberías emplearlos mejor.

Y el Señor pensó: "Desde ahora caerá sobre la Tierra una lluvia general. Las nubes no se disiparán más, la niebla no se levantará, ni el sol volverá a iluminar el mundo con su luz. Reinará un tiempo triste y lluvioso hasta el día del juicio final." Y así sucedió.

Los paragüeros y los fabricantes de zapatos de goma se alegraron al principio, pero la alegría no les duró mucho; la risa desapareció también de sus labios. La gente no comprendió lo que había perdido con el buen tiempo sino cuando se vió privada de él. Los alegres se tornaron melancólicos y los melancólicos maniáticos y se ahorcaban o se reunían para sostener conventículos. Llegó un momento en que nadie trabajó y la miseria fué grande. Los crímenes aumentaron, las cárceles se llenaron, los manicomios apenas bastaban para los cuerdos. La gente moría a granel y sus viviendas quedaban abandonadas. Se amenazaba castigar severamente a todo el que intentaba suicidarse; pero esto de nada servía.

La humanidad, que durante muchas generaciones había soñado con una eterna primavera, tenía que soportar entonces un otoño sin fin.

La destrucción aumentaba siempre más; los países iban quedando desiertos, las ciudades caían en ruina. En las calles se reunían a aullar los perros, y un viejo cojo con un saco al hombro iba de casa en casa juntando almas, y todas las noches se retiraba a su vivienda con el saco bien provisto de ellas.

Pero una noche no volvió a su casa. Dirigióse a la puerta del reino de los cielos y se encaminó al trono de Dios. Allí se detuvo y, haciendo una reverencia, habló de este modo:

— Señor, tú has envejecido en estos últimos tiempos. Los dos estamos viejos y por eso nos hemos cansado tanto. ¡Ah, Señor, qué mal consejo el que te di! Los pecados que me interesaban necesitaban un poco de sol para prosperar. Mira; has hecho de mí un miserable trapero.

Dicho eso, arrojó el sucio saco con tanta fuerza sobre las gradas del trono, que la cuerda que lo ceñía se cortó y las almas salieron volando. Estas no eran negras, sino grises.

— Esas son las almas de los últimos hombres — dijo el Diablo. — Te las regalo, Señor; pero guárdate bien de servirte de ellas cuando tengas la intención de crear otro mundo.

. . . .

. . . .

El viento entra silbando por las rendijas de la ventana y la lluvia azota el techo. El cuento ha terminado, y el que no lo ha comprendido puede consolarse confiado en que mañana hará buen tiempo.

EL VENDEDOR DE CACHORROS O...



Al mes



A los 3 meses



A los 6 meses

¡Cómo pasa el tiempo!

LA PAGINA DE LOS LECTORES

¿CUAL SERÍA MI MAYOR FELICIDAD?

Mi mayor felicidad sería ser correspondido por la hermosa rubiecita que tuve el gusto de conocer en una fiesta. —EL RUBIO Nº 11.

Mi felicidad sería que el simpático joven de triste mirar que conocí hace poco y se ha ido sin darme un "adiós", se acordara del amor que me prometió. —DESENGAÑADA DEL AMOR.

Mi mayor felicidad la constituye la rubia que amo apasionadamente. — EL MUCHACHO QUE SUFRE POR ELLA.

Mi mayor y única felicidad consistiría en ser correspondido por una simpática chica que con su dulce mirada cautivó mi joven corazón y a la que yo amo con delirio.—A. R. (Villa María).

Mi mayor felicidad sería ser correspondido por una chica de anteojos. — CHICO DE 27 ABRILES QUE LA AMA.

Mi único anhelo es que la joven a quien he tenido la dicha de conocer en el cine no me despreciara tanto. —MECÁNICO QUE SUFRE.

Felicidad completa sería para mi corazón juvenil, si el simpático joven a quien tanto amo, aunque no lo demuestro, se fijara en mí.—RUBIA DE LORIA.

Mi mayor felicidad sería ser correspondido por un simpático morocho, más bien bajo, que viste de color gris, y cuyos ojos verdes han cautivado mi triste corazón.—LA CHICA DEL TRAJE GRIS.

Mi mayor felicidad consistiría en saber positivamente si la rubia que amo con frenesí me corresponde del mismo modo y no me engaña.—EL DEL TRAJE GRIS.

Mi mayor felicidad sería que el chico que tanto amo me correspondiera del mismo modo. —LA CHICA QUE ÉL CONOCE.

Mi mayor felicidad sería que aquella hermosa rubia que me cautivó, me correspondiera sinceramente, segura que mi noble corazón alienta y alentará sólo por ella.—B. R. V. LINCHE.

Mi mayor felicidad sería ser correspondida por aquel joven alto, simpático y elegante que tuve la dicha de conocer en el field de Talleres.—RUBIA PARANAENSE.

Mi mayor felicidad sería que el hombre que amo con todas las fuerzas de mi alma cumpliera, con el tiempo, las promesas que me ha hecho.—CABELLOS CASTAÑOS Y OJOS VERDES.

EL HOMBRE QUE CONSTITUYE MI SUEÑO

Mi ideal es aquel simpático chico que tuve la dicha de conocer una noche, y mi mayor felicidad sería saber si verdaderamente él piensa en mí, y desea verme como yo a él.—LA QUE IMPACIENTEMENTE LO ESPERA.

Mi ideal lo constituye una simpática morocha de tapado gris, cabello ondulado y un lunarcito. — RUBIO ENAMORADO.

El príncipe azul de mis ensueños es un simpático chico de veintiuno a veintidós años, de regular estatura y cabello obscuro, que con su dulce mirar ha despertado mi corazón.—A. B. G. D.

Mi ideal lo constituye un joven alto, rubio, cuyos ojos, que parecen dos pedacitos de cielo, han sabido cautivar mi corazón.—RUBIA DE OJOS NEGROS.

Mi ideal soñado es un joven alto, delgado, de tez blanca y cabello ondulado.—¿ADIVINARÁ QUIÉN SOY?

Mi ideal lo constituye un simpático rubio de ojos soñadores que tuve la dicha de conocer en un baile.—MOROCHA DE PIÑEYRO.

Mi ideal es un simpático chico del pueblo, de veintisiete años, tez rosada y ojos castaños.—RUBIA DE SAN MARTÍN.

El hombre que constituye mi sueño es un simpático trigueñito de ojos soñadores.—LA QUE ÉL SABE (Junín).

Mi ideal lo constituye un ñatito simpático que hace dos años se ausentó.—UNA QUE LO AMA Y ESPERA.

El ideal que se ha forjado mi mente es un simpático gordito, alto. — UNA CHICA VILLAMARIENSE QUE LO VE PASAR.

Mi ideal lo constituye un simpático morocho, alto, delgado, que tuve la dicha de conocer en un baile.—LA RUBIA DE MELENITA.

El príncipe azul de mis ensueños es un simpático rubio de ojos negros, alto, delgado y que sea aficionado al bandoneón... — UNA MOROCHA DE VÉLEZ SÁRSFIELD.

¿Mi sueño ideal? Él. — NEGRA SALVAJE.

Mi ideal es un simpático morocho de negra y ondulada cabellera. En sus grandes y apasionados ojos se refleja la infinita bondad de su alma; su voz es dulce y acariciadora. ¿Me amará con el mismo frenesí?—CHICA DE CARLOTA (Córdoba).

Hacemos saber a los colaboradores de esta sección que no será tenida en cuenta ninguna colaboración personal que se nos remita, desde que esta página no fué creada para mantener correspondencia amorosa entre los lectores, sino para que éstos puedan expresar en sus columnas cuáles son sus ideales, sus aspiraciones y qué puede constituir la felicidad de una persona.

LA TRETA DE VOLTURIO

POR

L. J. BEESTON

IMPACIENTE, Linegar apartó de sí el humo del cigarro de Williams, y dijo:

—¡Cómo tarda Volturio! Hace rato que debería estar aquí.

—Ya vendrá—le contestó Brodie. —Pero, ¡qué frío hace en esta maldita oficina!—añadió, empujando con el pie un trozo de carbón de la parrilla del hogar.—¡Lástima que Volturio nos haya citado aquí tan tarde! Son ya más de las diez.

—¡Silencio!—exclamó Linegar, levantando una mano.—Me parece oír sus pasos.

Brodie se detuvo con el tacón derecho apoyado en la estufa. Linegar mantuvo levantada la mano, y Williams volvió la cabeza hacia la puerta.

Los tres hombres se hallaban en una espaciosa oficina situada en el último piso de un alto edificio de los alrededores de Tower Hill. En el centro de la pieza había un largo escritorio y tres sillas; en un rincón, un pupitre de tapa rodadiza, en otro, una prensa de copiar, de modelo antiguo, y contra la pared, un teléfono. La ventana de la pieza daba a un pequeño cuadrángulo rodeado en todos sus costados por los muros de otros edificios, y esa especie de pozo se hallaba a esa hora en completa obscuridad. Los ocupantes de las otras oficinas se habían marchado hacía rato, y el guardián y su mujer estaban barriendo las piezas.

La oficina donde los tres hombres aguardaban a un cuarto compañero tenía en el vidrio escarchado de su puerta esta inscripción: "Brodie y Cía.—Comerciantes de Artículos Generales".



—¡ARRIBA LAS MANOS! MATARÉ AL PRIMERO QUE SE ME ACERQUE...

—Tienes razón, Linegar—observó Williams tras una pausa. —Aquí viene Volturio.

Una fuerte mano agarró el picaporte y un hombre entró.

—Buenas noches—dijo el recién llegado.—Estamos todos. Me he retrasado unos minutos.

El individuo habló con imperio y no pidió disculpa por su tardanza. Acto seguido, se despojó de su sombrero de fieltro, mojado por la lluvia, y de su grueso sobretodo.

Los tres hombres fijaron en él la vista. Cuando el recién llegado se hubo quitado el abrigo, tomó una mesita algo desvencijada, que había junto a la prensa de copiar, y la llevó al sitio entre el largo escritorio y la chimenea.

—Será mejor que nos sentemos a esta mesa mientras sostengamos nuestra conferencia. Aquí se está más cerca del fuego y podremos hablar más bajo. ¡Acercaos!

Sus compañeros accedieron al pedido.

—¿Qué buenas nuevas traes, Volturio?—preguntó Brodie, quitándose los anteojos y limpiando los cristales con el pañuelo.

—Buenas o malas, veo que Volturio trae noticias—observó Williams.

—Eso es cierto, tan cierto como que la inscripción de nuestra puerta es un velo para cubrir nuestros verdaderos negocios—contestó Volturio.—Bueno; ante todo, vamos a hablar del asunto que nos ha traído aquí, es decir, los brillantes de la duquesa de Claypool. Su Alteza irá mañana a la noche al baile de Dover Street, y lucirá casi todas las joyas que posee. Nuestro plan para apoderarnos de esas joyas es bueno. Todo está perfectamente dispuesto: el urgente llamamiento para hacer retirar del baile a la duquesa, la descompostura de su automóvil en medio del camino, nuestro taxímetro preparado. El proyecto fué ideado, como siempre, por Sharrs, el mejor cerebro de nuestra compañía. A cada uno de nosotros se le asignó su parte. Ahora estamos reunidos para echar una última mirada y examinar todo peligro con un microscopio mental.

—Puedes hablar, Volturio,—murmuró Linegar.

—Nosotros ya hablamos antes que tú vinieras—dijo Williams.—Todo parece estar en orden.

Volturio se echó hacia atrás en su asiento y una sonrisa asomó a sus labios.

—¿Parece?...—repitió.—Sí, parece, pues nuestro plan ha sido descubierto.

Durante el intenso silencio que siguió, Volturio presentó a sus compañeros una tira de papel.

—He aquí un mensaje que me mandó Sharrs; está escrito en cifras—dijo.—Brodie, léelo.

Brodie leyó el mensaje en menos de un minuto.

—¡Maldición!—exclamó cuando lo hubo leído.

Entretanto, Volturio había fijado su mirada en Brodie, como queriendo leer el alma de éste. Luego ordenó tranquilamente:

—Pásalo a Linegar.

El hombre obedeció. Linegar recorrió con la vista las líneas secretas; después levantó la cabeza lleno de asombro y vió a Volturio, que lo contemplaba como había contemplado a Brodie.

—¡Es un error! Estoy seguro de ello—balbuceó, en extremo confundido.

—Ahora tú, Williams—declaró Volturio. Y esa vez sus ojos se fijaron en el tercer hombre con viva curiosidad.

Williams leyó el papel, y una expresión de disgusto asomó a su rostro; levantó un puño como para descargarlo sobre la mesa, pero se contuvo.

—Si Sharrs lo dice, así será—murmuró con calma.

Volturio cruzó los brazos sobre el borde de la mesa, y dijo:

—Recibí ese mensaje de Sharrs hace media hora. Veo que todos lo habéis entendido. Sharrs nos informa que uno de nosotros ha avisado a la policía. Nos previene. Eso es digno de él y debemos estarle muy agradecidos, al menos tres de nosotros. Ahora bien: el asunto que nos ha reunido aquí, los brillantes de la duquesa de Claypool, se ha convertido en asunto secundario. Compañeros, tenemos que tratar sobre un tema más serio. Esta noche, aquí, en esta pieza, debemos descubrir al traidor. ¿Estáis de acuerdo?

—Completamente—respondieron a coro los tres.

Volturio miró a sus colegas uno por uno, después volvió a hablar:

—Es horrible. Uno de nosotros ha ido a denunciarnos a la policía, ya para salvar el pellejo, o por dinero. El que ha hecho eso es un traidor y hay que descubrirlo. ¿Eres tú, Linegar?

—No, ciertamente.

—¿Tú, Williams?

—No, Volturio.

—Brodie, ¿eres tú el canalla?

—No; te lo aseguro.

—Quedo yo—continuó el hombre con tono melancólico.—Pero creo que podéis exceptuarme, pues si yo fuera el traidor, con toda seguridad, no habría puesto las cartas en la mesa.

—Tienes razón—contestaron los demás.—Te exceptuamos.

—Muy bien. Veamos cuál de vosotros tres es el infame, y tomemos nuestra venganza. Lo descubriremos aquí y ahora, le partiremos de un tiro el corazón, y luego arrojaremos su cadáver por la ventana. ¿Convenís en ello?

Todos asintieron.

—Nos quedaremos aquí toda la noche, todo el día de mañana, si es necesario, pero no nos marcharemos antes de ajustar nuestra cuenta. Al hacer esta declaración he dado la voz de alarma al traidor. Esto no podía evitarse; sin embargo, es mucho mejor, pues nos obliga a obrar en el acto.

Dicho eso, sacó de un bolsillo el revólver, que colocó en la mesa. Tres pares de ojos se fijaron en Volturio y observaron sus movimientos.

Siguió un largo silencio, durante el cual sólo se oía el ruido de la monótona lluvia de afuera.

De pronto, Williams se atrevió a preguntar:

Posees algún informe que nos ayude en esta pesquisa?

—No. Todo lo que sé es lo que habéis leído en el mensaje de Sharrs.

—Entonces, ¿por dónde vamos a empezar?

—Yo me encargo de eso. Empezaré por ti, Williams. ¿Nos has traicionado? ¿Es tu luz la que debemos apagar antes de abandonar este sitio? ¿No? Ya sabes que tienes que estar dispuesto a todo. Sin embargo, posees un argumento en tu favor: has pasado ya uno o dos años en la cárcel.

—¿Cuentas eso en su favor?—le preguntó Brodie.

—Me parece que debo contarlo.

—¿Por qué?

—Porque habiéndose quemado una vez, no temería tanto que lo detuvieran como el que no conoce la prisión. Y, por otra parte, creo que la policía no podría aceptar como espía a un ex presidiario. Bueno, adelante; ahora tú, Linegar. No es fácil sospechar de ti—añadió.—Un hombre que se ha educado en una universidad y que ocupa en la buena sociedad un sitio prominente, no pone sus asuntos en manos de la policía. Pues no por descubrir a sus compañeros iba a escapar al encarcelamiento, y un mes, un solo día de cárcel, lo condenaría y destruiría toda su buena posición. Ese es un punto que debemos tener presente.

—Ahora falto yo—manifestó bruscamente Brodie.—Yo no he estado en la prisión, ni como con duques ni duquesas.

—Es verdad—confesó Volturio.—Y contra ti está el hecho de que eres un hombre casado y con hijos pequeños. Tu situación podría inducirte, por miedo, a denunciarnos, pero dudo de que nos hayas hecho una mala jugada. Después de Sharrs, tú eres el más inteligente de nuestra sociedad. Ninguno de nosotros puede olvidar que en aquel asunto de las esmeraldas de Everhed, tú nos salvaste de cierta captura. No, no veo por qué debemos sospechar de ti, Brodie.

—Juro que soy íntegro—murmuró Brodie con una risita.

—Todos juramos lo mismo—gruñó Williams.

—Con todo, no hemos avanzado nada—dijo Linegar. ¿Y Sharrs? ¿No debemos incluir su nombre en esta investigación?

—Eso es absurdo—respondió Volturio.—Si Sharrs nos hubiera traicionado, no nos habría precavido.

—Entonces no veo...—empezó a decir Williams, pero Volturio lo interrumpió, balbuciendo:

—¡Silencio, por Dios!

Todos se quedaron como petrificados. Transcurrió un minuto; nada sucedió.

—¿Oíste algo?—preguntó Brodie, palideciendo.

—Fuera anda alguien—respondió Volturio con voz apagada.

No bien había acabado de pronunciar las palabras cuando se oyó un golpe de nudillos en la puerta.

—¡La policía!—murmuró Brodie, más pálido aún.—¿Quién va a abrir?

—Quedaos en vuestros asientos—advirtió Volturio.—Si es la policía, el hombre que buscamos querrá abrir la puerta, a fin de tener su protección. ¿Cómo? ¿Nadie se mueve? Bien, elegiré quién debe abrir.

Y sus ojos recorrieron todos los rostros.

—Tú, Williams, abre la puerta—dijo.

El interpelado lanzó un prolongado suspiro y, levantándose lentamente de su silla, se encaminó a la puerta, que abrió.

Brodie soltó una carcajada de alivio. Era el guardián de las oficinas.

—Disculpad—balbuceó el hombre;—estoy llenando los cubos del carbón. Si habéis acabado con el vuestro me lo llevaré con los demás.

—Entre y lléveselo.

El guardián partió con la pala de hierro, y Volturio volvió a cerrar la puerta.

—Falsa alarma—murmuró ásperamente.—Continuaremos.—Y volvió a ocupar su asiento junto a la mesa.

Linegar, bastante nervioso, observó:

—Desearía acabar con esto de una vez; no podemos quedarnos aquí toda la noche.

—No nos iremos hasta que no hayamos descubierto al traidor—manifestó Volturio con firmeza.

—Tengo una idea—dijo en ese punto Brodie.

—Veamos cuál es.

—Como parece haber poca probabilidad de descubrir al espía, indico que se le conceda un favor; démosle unos minutos para que se decida a confesar, y prometámosle que, si confiesa, no lo mataremos.

—¡Bah!, no nos creerá—repuso Linegar.

—Pero algo tenemos que hacer—declaró Williams.

Volturio miró todos los rostros y replicó:

—Olvidáis que estamos aquí para vengarnos del infame. Sin embargo, voy a aceptar tu proposición, Brodie. Concedo al traidor tres minutos para que confiese su falta, y le prometo que saldrá vivo de esta casa, aunque lo matemos después.

Dicho esto colocó su reloj sobre la mesa.

—Tres minutos—repitió—y ni un segundo más.

Empezó el plazo de gracia. En el profundo silencio sólo se oía el tic tac del reloj.

—Ha pasado un minuto—dijo Volturio, de mal humor.

Nadie se atrevió a moverse por te-

(Continúa en la pág. 28)

Método fácil para obtener carnes

HERMOSURA Y FUERZAS

El error en que incurren casi todas las personas delgadas que desean ganar carnes y a la vez hermosura y fuerzas, es el insistir en medicinar sus estómagos con drogas de cualquier clase ó en participar de comidas demasiado grasientas, o bien de seguir alguna regla tonta de cultura física, mientras que la verdadera causa de su delgadez no recibe atención alguna. Nadie puede aumentar su peso mientras sus órganos digestivos no asimilen propiamente los alimentos que van al estómago. Gracias a un nuevo descubrimiento científico, es posible hoy combinar en una forma sencilla los elementos que los órganos digestivos necesitan para ayudarles en su obra de asimilación debida de los alimentos y convertir a éstos en sangre y carnes duras y permanentes. Este descubrimiento moderno se llama Sargol, uno de los mejores creadores de carnes que se conocen. Sargol, por medio de propiedades regenerativas y reconstructivas, ayuda al estómago en su tarea de extraer de los alimentos las substancias nutritivas que ellos contienen, las cuales lleva a la sangre y ésta a su vez las disemina por todos y cada uno de los tejidos y células del cuerpo. Muy fácilmente puede Vd. imaginarse el resultado de esta transformación pasmosa cuando empieza Vd. a notar que sus pómulos se van llenando, los huecos de su cuello, hombros y pechos van poco a poco desapareciendo y al cabo de algunas semanas usted ha ganado de 10 a 15 libras de carnes sólidas y permanentes. Sargol no contiene ingredientes perjudiciales a la salud y hoy día los recomiendan los médicos y farmacéuticos.

Advertencia. — Si bien es cierto que Sargol produce excelentes resultados en casos de dispepsia nerviosa y enfermos del estómago no deben tomarlo si no desean aumentar por lo menos 10 libras. Sargol se vende en las principales farmacias y droguerías.

LEE MIN YEN

POR OSCAR COOK

(Continuación de la pág. 3)

das; luego golpeó de nuevo las manos y aguardó.

Por el pasillo de la sala, un hombre condujo a una mujer con la cara cubierta y los ojos vendados, y la colocó a la izquierda del cadáver. El juez se dirigió entonces adonde estaba el muerto, y con infinita repugnancia, pero con firmeza y calma, levantó la trenza del asesinado; entretanto, el individuo que había conducido a la mujer, le quitó la venda de los ojos. Ésta pestañeó al principio, por el repentino brillo de la luz; luego sus ojos se fijaron en el cadáver. Un grito agudo rompió el silencio, y mientras la mujer caía desmayada al suelo, un rayo de sol iluminaba un clavo de cabeza de bronce que el muerto, su marido, tenía clavado en la nuca.

En una fría y solitaria celda está sentada una mujer que mira las lentas sombras que van cubriendo la pared. En su soledad aguarda el amanecer, el último que contemplarán sus ojos, pues ha confesado su crimen, admitiendo ser la asesina de su esposo.

Por el jardín perfumado que rodea la casa de Chan Ah Fook y en dirección al cuarto de Lee Min, caminan dos personas. En el cabello de una brillan tres peinetas de oro; en el corazón de la otra arde un amor apasionado.

III

Levanta la trenza al muerto y mírale la nuca". Estas palabras que Lee Min había pronunciado al oído de su esposo la terrible noche víspera del juicio, no podían borrarse de la memoria de Ah Fook: las tenía siempre presentes. ¿Cómo había conocido ella la forma en que habían muerto al hombre?

Un estremecimiento agitó su cuerpo. ¿Habría dado muerte ella también así a su esposo? No; no podía ser; era imposible. Sin embargo, las palabras lo perseguían día y noche, despojándolo de todo pensamiento de caballerosidad y cariño, y despertando en él sólo unas ansias locas de saber la verdad.

¿No era, acaso, juez y por tanto casi omnipotente? ¿Podía contrariar alguien sus deseos? Examinaría el cadáver del primer esposo de Lee Min Yen, y pondría así fin a su tormento.

En una habitación de su casa, escasamente alumbrada por la luz de unas velas, está Chan Ah Fook, con el oído alerta. De pronto, llega hasta él un ruido de pasos que se acercan cada vez más hasta detenerse, al parecer, a la puerta de la pieza. En silencio, el juez corre una cortina, hace pasar a los que allí esperan, y aguarda, inmóvil, mientras cuatro hombres entran con un ataúd, gastado por el tiempo. A una palabra de Ah Fook los hombres abren la tapa del cajón, y se retiran.

Chan Ah Fook permanece indeciso y tembloroso. Un prolongado quejido, el grito de una mujer que está dando a luz, lo sacude y lo incita a una acción inconsciente. Se acerca al ataúd, vacila un instante; luego levanta la tapa y su mano busca algo entre los huesos del cajón.

El vagido de un recién nacido rompe el silencio. Asustado, Ah Fook retira la mano del ataúd, mientras la vacilante luz de las velas le da en el rostro y, cayendo sobre la mano, ilumina un clavo de cabeza de bronce que tiene entre los dedos...

Los presentes de las nuevas ciencias

PROFECÍAS DE H. G. WELLS

(Continuación de la pág. 4)

Es ridículo suponer que estas cosas se mantendrán en el nivel actual. Es ridículo suponerlo, con el creciente arsenal de seguros conocimientos, utilizables con ayuda de los motivos constructivos y generosos, latentes en el hombre, poniendo por lo menos en ello la misma inteligencia y resolución que fueron puestos hace un siglo, al implantarse los métodos actuales de transporte.

Nosotros sabemos ahora, por lo menos tan ciertamente como lo sabían los hombres de 1880, que las máquinas de volar eran posibles, como es igualmente posible planear la producción del mundo en forma que todos seamos mucho más ricos y más felices que lo que somos hoy día.

Sabemos, con igual certidumbre, que podemos organizar la educación general, en relación con nuestro sistema económico y político, en forma que el grueso de la humanidad crezca feliz, preparada para vidas de servicio creativo.

A igual que en 1880, el necio vulgar estaba bien seguro de que jamás llegaríamos a volar, debido a que nadie hasta entonces lo había hecho.

Así como la aviación vino lentamente, así ahora debe ser la tarea de un comparativamente pequeño cuerpo de firmes creyentes en las aportaciones que nos trae la nueva psicología, desarrolladas y llevadas a las relaciones efectivas de la vida humana.

EL MUNDO EN 2424

Si yo pudiera hacer una visita al mundo en el año 2424 de nuestra era, quinientos años de ahora, dudo si encontraría el viajar más del doble de lo rápidamente que es posible hacerlo ahora, o cualquier gran desarrollo de inventos materiales, pero estoy seguro que encontraría escuelas que tendrían con las escuelas de hoy día la misma semejanza que tiene un aeroplano con el coche que condujo a Sterne a París. Debería hallarme con que las prisiones y los asilos de lunáticos habían desaparecido casi por completo. Me encontraría con que las relaciones de hombre a hombre no seguían complicadas por la intervención del hombre togado, me encontraría con un sistema económico totalmente cambiado, y las guerras, una remota tradición en la memoria de los hombres. Y esto, según lo veo, se deberá al corazón y al alma de los hombres, y no a una gran revolución social y política, sino simplemente a la aplicación de un sano, sobrio sentido común. Aquí un paso adelante de este estudio científico de los motivos humanos, que ahora se inician tan propicios. Yo me doy a mí mismo un margen de quinientos años. Pero quizá tarde mucho menos tiempo la ciencia mental en sobrepasar a la ciencia física y hacer aparecer todas estas cosas en la superficie.

El trágico Mamerto

POR S. HELMANN

(Continuación de la pág. 7)

manos al cielo como en una plegaria.

Un descanso en el campo podría devolverle su santa tranquilidad; propósito que se llevó al cabo trasladándosele a un territorio del Sur. El contacto con la naturaleza le devolvería la calma. Su mujer y sus hijos le acompañaron con amplia voluntad y gran cariño.

En vano fué esa estada, que se complicó con la fuga del hombre; desapareció dejando una carta en la cual decía que no se preocupasen de él, por cuanto estaba empeñado en una empresa de conmover al mundo entero.

La familia regresó, elevando plegarias por la vuelta al hogar del infortunado jefe, perdido a la ventura del misterio...

Los días pasaban, y de él no se tenían noticias; vivía en su mundo inquietante y bullidor donde danzaba al compás de la fuerza y del heroísmo...

EPÍLOGO

Un diario de las frígidas regiones del Sur dió la noticia del hallazgo del cadáver de un hombre semisalvaje; en sus ropas menudas fué hallada una carta en donde se leía:

"Muero contento porque he visto al plesiosaurio.

Firmado: MAMERTO ACQUAFORTE."

La treta de Volturio

POR L. J. BEESTON

(Continuación de la pág. 27)

mor de que su movimiento pudiera interpretarse como el comienzo de una confesión.

—¡Dos minutos!

—¡Por amor de Dios, confesad de una vez!—exclamó Williams.

Nadie le contestó.

—¡Tres minutos! El plazo ha expirado—declaró Volturio, tomando el reloj y poniéndolo de nuevo en la cadena de oro.

En ese punto, sonó la campanilla del teléfono, y Volturio saltó de su asiento. Dejando el revólver sobre la mesa, se acercó al aparato y descolgando el receptor se lo llevó a la oreja.

—Sí, sí—dijo.—¿Cómo?

Luego colgó el tubo, y volviéndose a sus compañeros, exclamó con voz sonora:—¡Sharrs ha descubierto al traidor! Me ha dicho su nombre.

No bien había acabado de pronunciar las triunfantes palabras cuando Williams echó hacia atrás su silla, tomó el revólver de la mesa y, poniéndose en pie de un salto, gritó:

—¡Arriba las manos! Mataré al primero que se me acerque.

—¡No os mováis!—dijo Volturio con voz firme y tranquila. — Escuchadme. No fué Sharrs quien me habló, sino mi casera. Me arreglé con ella para que me llamara; la treta ha producido su efecto. ¡Ahí está el espía confeso!

—¡No me importa!, ¡no me importa!—gruñó Williams.—No os acerquéis porque haré fuego.

Volturio soltó una carcajada.

—¡Haz fuego!—gritó con sorna.—El revólver está descargado.

Los tres hombres se arrojaron sobre Williams.

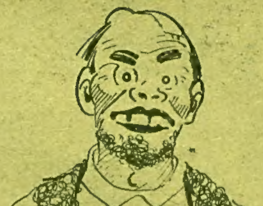
En el silencio de la noche se oyó el ruido de una ventana que se abría, un grito ahogado seguido de un feroz aullido y el golpe de un cuerpo que cayó al suelo desde una altura de treinta y cinco metros.


Don Simón Papamovski
cambalachero de conciencia


Doña Valesca Papamoska
su digna cara mitad


Moisés Papamovski
hijo de los precedentes


La linda Rebequita
cigarrera y prima de Moisés

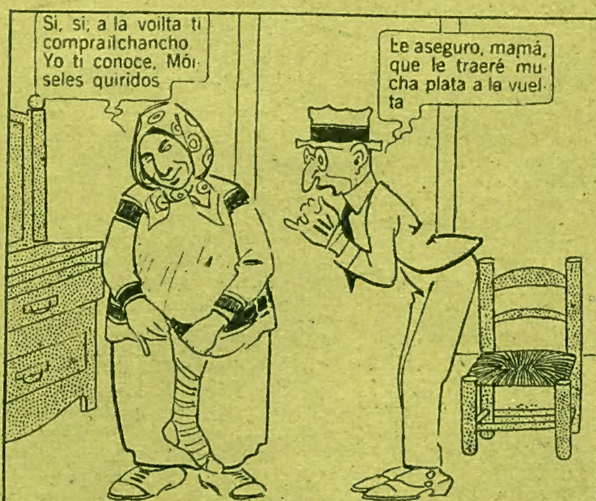

Abraham Cancha
Tío de Moisés


Un pariente lejano

PAPAMOVSKI EN MAR DEL PLATA

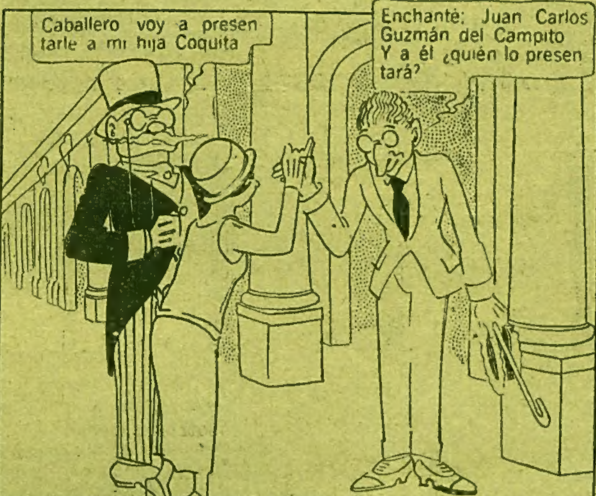
POR LANTERI

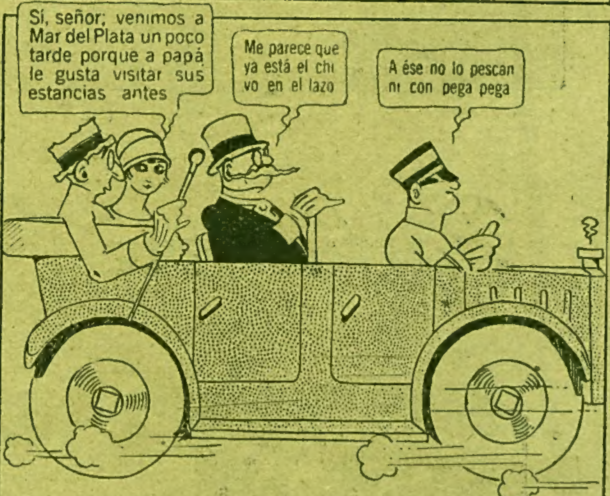




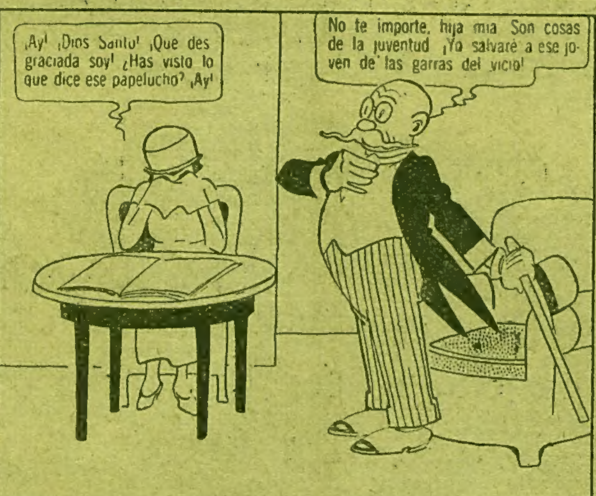


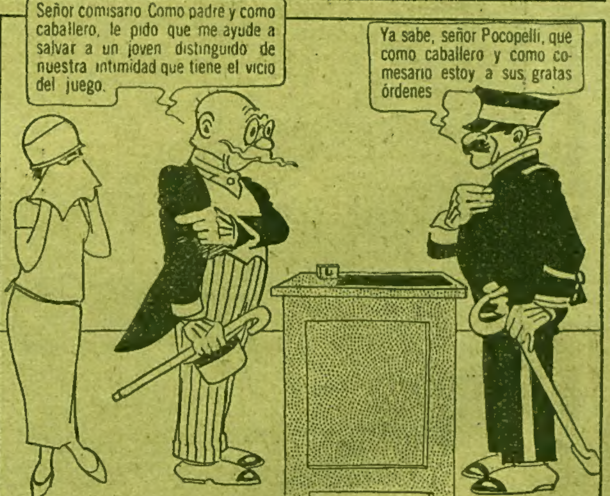




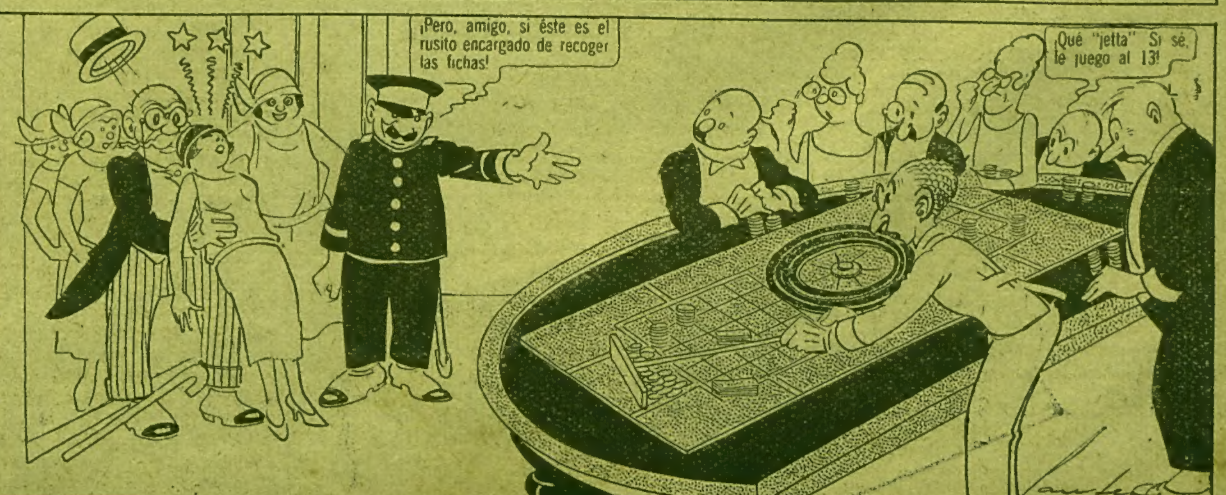














Parfumerie L.T. PIVER *Paris*



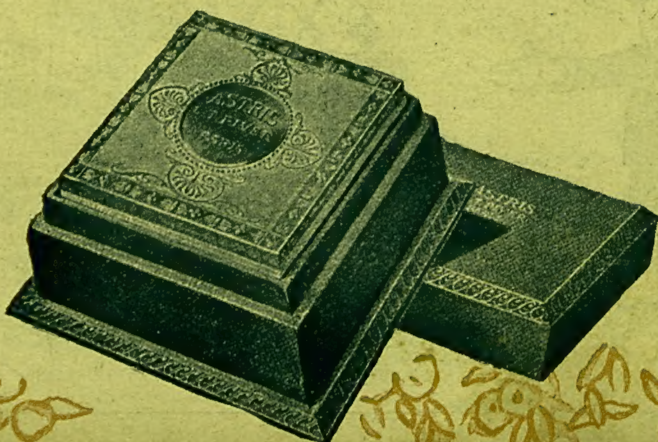
De perfume suave y persistente, distingue a la persona que lo emplea.

Sus afamados polvos
en los perfumes

POMPEIA • MISMELIS
ASTRIS • FLORAMYE

SE USAN EN BLANCO,
RACHEL Y ROSA.









IMPRESO EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA